

La Mente Dormida

CLARK CARRADOS

R. CORTIELLA

CLARK CARRADOS

LA MENTE DORMIDA

Ediciones **TORAY**
Arnaldo de Oms, 51-53 — Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona — Buenos AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 7.737- 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella tarde, Kyril Morán decidió comprobar personalmente si la famosa domadora Sofía Garvy era tan bella como decían los carteles publicitarios. Además, tenía ganas de ver el Gran Circo Prehistórico.

Era un espectáculo impresionante. A algún individuo avispado, que debía de llevar sin duda en las venas sangre de los Barnum y Ringling, se le había ocurrido la idea de encargar medio centenar de animales gigantescos de la Era Secundaria y, tras hacerlos domar, exhibirlos públicamente, con lo que la asistencia a las sesiones del circo batían todas las marcas de público y, naturalmente, de taquilla.

Por supuesto, dadas las colosales dimensiones de aquellos monstruos, el circo había debido ser instalado en las afueras de la ciudad, en un vasto descampado, cuya arena tenía las dimensiones de un par de campos de fútbol juntos. Morán había visto un par de reportajes gráficos de una de las sesiones y había quedado sumamente impresionado por las galopadas de los dinosaurios, obedeciendo con gran docilidad las órdenes de su domador.

En determinado momento de la función, gran parte de la estructura de la pista se abría, dejando ver debajo una gigantesca piscina, en la que evolucionaban media docena de plesiosaurios. Era curioso ver moverse a aquellos gigantescos reptiles acuáticos con la facilidad y la gracia de las focas y con tanto o mayor arte todavía. Ninguna foca, por bien entrenada que estuviese, había conseguido superar lo que hacían aquellos enormes reptiles, de más de veinte metros de largo y con un cuello de cuatro o cinco metros, con una pelota de colores.

Naturalmente, el público estaba bien protegido por una sólida valla de alambre, aparte de que el «terreno de juego» estaba a cuatro o cinco metros por debajo de la primera fila de espectadores.

Los cerebros de aquellos gigantescos animales, desde luego, habían sido acondicionados por su «constructor» para ser dóciles, pero nunca se sabía…

A Morán, sin embargo, lo que más le interesaba era el numerito de los pterodáctilos y de su bella domadora. Antiguamente, la «ecuyére» demostraba su habilidad con caballos blancos; ahora lo hacía con cinco o seis gigantescos reptiles voladores, con alas de más de ocho metros de envergadura.

Morán había programado sesión de esparcimiento con la debida antelación o no habría podido conseguir una butaca de primera fila. Los payasos, asimismo, eran de primerísima calidad, y unos acróbatas estupendos.

Uno de ellos hizo un arriesgado ejercicio de equilibrismo en la cuerda floja, teniendo debajo una enorme plancha llena de relucientes espadas con la punta hacia abajo. De pronto, el payaso se cayó y la multitud lanzó un chillido de angustia, pero las espadas resultaron ser huecas y de goma, hinchadas de aire para que tuvieran la apariencia de realidad. Los gritos de terror se trocaron bien pronto en aplausos y risas.

Salieron después los grandes monstruos de la Era Secundaria y realizaron sus números en medio de la complacencia general. Era algo fantástico ver correr por la pista, evolucionando con perfecta disciplina, a aquellos seres antediluvianos, que obedecían con celeridad la menor indicación de su domador.

Luego, los juguetones plesiosaurios hicieron sus gracias y jugaron un partido de «water-polo» en la gigantesca piscina que había debajo. Finalmente, se anunció el número de Sofía Garvy.

Morán se ajustó las gafas telescópicas para verla mejor. Sofía apareció, deslumbrante de belleza, saludando con las manos, a la vez que lanzaba besos a todo el mundo. Morán le vio la cara y se quedó sin aliento.

—Pero si es… —murmuró.

La indumentaria de Sofía no podía ser más sucinta: un corpiño, que consistía apenas en dos áureas semiesferas, que le cubrían los senos, y unos brevísimos pantaloncitos, de tejido dorado. En la mano llevaba una especie de látigo, también dorado.

Detrás de ella estaban los pterodáctilos, con las alas replegadas, enormes murciélagos de pico interminable, armado con

estremecedoras filas de dientes afilados como sierras. Pero eran tan inofensivos como un perrito de dos semanas.

Sofía saludó una vez más, hermosa, esplendente, con su bello cuerpo de piel ligeramente tostada y su frondosa cabellera negra. Agitó un poco el látigo, saltó sobre uno de los pterodáctilos, colocándose a la jineta sobre su cuello, y el animal se elevó en el acto, con tableteante batir de alas.

Los demás le siguieron de inmediato, obedeciendo las órdenes de su domadora. Sofía se puso en pie y mando que otro pterodáctilo se pusiera debajo, cambiando de cabalgadura a veinte metros del suelo, entre atronadores aplausos de la concurrencia.

La función estaba a punto de terminar. Morán decidió que ya había visto bastante y se dispuso a abandonar su sitio.

En aquel momento, uno de los pterodáctilos hizo una falsa maniobra y la domadora fue precipitada al espacio. En aquel accidente, sin embargo, concurrieron dos circunstancias favorables.

El reptil volador estaba en aquellos momentos tan sólo a cuatro o cinco metros del suelo. Segundo, Morán se hallaba inmediatamente debajo.

Extendió los brazos y recogió el cuerpo de Sofía. Se tambaleó un poco, debido al impacto, pero logró mantener el equilibrio.

—Hola, Sofía Solar —dijo, sonriendo.

Ella se recobró en seguida del susto.

—¡Cielos! Pero si es...

—El mismo, hermosa —confirmó Morón, con la sonrisa en los labios—. Tengo ganas de hablar contigo.

Una sonrisa singular se formó en los labios de la domadora.

—Me alojo en el «Grayborne», habitación sesenta —contestó.

Los empleados del circo acudían ya y Morán les traspasó su preciosa carga.

—Iré a la noche —prometió él.

—Estaré aguardándote —fue la respuesta de la hermosa domadora, que se alejó luego en medio de los atronadores aplausos de la concurrencia.

* * *

—Nunca me imaginé verte un día a lomos de un pterodáctilo,

Sofía —dijo Morán horas más tarde, mientras ella le entregaba una copa.

—La vida, hijo —suspiró Sofía—. Me vio el empresario un día, le gusté, estaba sin «ecuyére» y me lo propuso… y acepté.

—Es mejor que servir vasos de vino en la taberna del puerto, ¿verdad?

Ella se sentó en un diván y escondió las bien torneadas piernas bajo el cuerpo. Su indumentaria apenas variaba de la que había usado durante la función de circo, salvo que era de simple tejido de color azul claro.

—Es otra clase de empleo, por supuesto, mucho mejor pagado y sin tener que aguantar a los borrachos. Aunque, no te creas, hay cada pajarraco entre el personal del circo…

—Sí, me lo imagino —sonrió Morán—. No se puede ser guapa, muchacha.

—¡Psé, corrientita nada más! —contestó ella.

—Pero ¡no comprendo! ¿Cómo te obedecen tan fácilmente los pterodáctilos?

—Hay una serie de voces que conocen por acondicionamiento cerebral, ya que no se puede decir mental —explicó Sofía—. Basta pronunciar la palabra conveniente en el momento en que se desea hagan tal o cual maniobra, para que obedezcan con absoluta docilidad.

—Son unos bichos espantosos —replicó él.

Sofía sonrió.

—Ya lo sé, pero, precisamente por eso, le gusta más a la gente —replicó—. Además, el «fabricante» los hizo asépticos.

—Sí, claro, el viejo refrán de la bella y la bestia… ¿Eh? ¿Qué quieres decir asépticos? ¿Acaso significa que no se pueden reproducir?

Sofía se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me he preocupado —dijo—. Tal vez sean asexuados, pero yo me refería a su olor. Tengo entendido que los pterodáctilos auténticos olían espantosamente.

—¿Quién puede asegurarlo? —rió él—. Bien, Sofía, no sabes cuánto me alegro de verte de nuevo y, sobre todo, de que hayas progresado tanto.

—Gracias, Kyril, ¿Y tú, sigues con lo mismo?

Morán hizo un gesto de indiferencia.

—No sé hacer otra cosa y, por otra parte, me va bien —contestó.

—Cuando a uno le va bien un negocio, no tiene por qué abandonarlo —dijo Sofía con aire sentencioso—. Te serviré otra copa, Kyril.

La joven se puso en pie. Moran la imitó.

—Aguarda —pidió.

Sofía le miró con curiosidad. Morán se acercó a ella y la abrazó.

—No tengo ganas de otro trago —dijo.

Ella entornó los ojos, a la vez que elevaba sus brazos, de mórbidos contornos.

—Tienes una manera de pedir las cosas, que no se te puede neg...

Los labios de Morán le impidieron concluir la frase.

Más tarde, Sofía dijo:

—Ahora sí, ahora necesitamos los dos una copa.

Morán encendió un cigarrillo.

—¿No tienes día de descanso en el circo? —preguntó.

—Sí, los lunes... es decir desde el domingo por la noche hasta el martes a mediodía. ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber, mientras le entregaba la copa,

—Hoy es jueves... el domingo por la noche, estaré aguardándote en la salida de artistas, con mi helidisco. Tengo una cabaña en la Sierra. Hay pinos, hierba fresca y jugosa, una cascada y un lago, comida, bebida... y soledad, ¿Qué te parece el panorama?

Los ojos de Sofía brillaron de una manera singular, Se sentó en las rodillas del joven y le abrazó con fuerza.

—Ven el domingo a buscarme al terminar la función —pidió, con voz cargada de ardientes promesas.

CAPÍTULO II

Moran abrió la puerta de su departamento y vio en el acto que las luces estaban encendidas. Parpadeó de asombro al ver a una mujer sentada en uno de los sillones.

—Hola —saludó con voz tensa.

Ella se puso en pie.

—Dispense mi intromisión, señor Morán, pero es que no tenía idea de la hora en que usted regresaría a su casa —manifestó—. Por eso entré a esperarle. Soy Maud Ark —se presentó.

Morán observó a la mujer de pies a cabeza. Era muy alta y vestía de un modo severo, casi anticuado, con ropas de color gris acero. Tenía el pelo castaño claro, recogido en un gran moño en la nuca, de modo que el óvalo de su cara quedaba netamente destacado.

Parecía joven, aunque las gafas de grueso cerco negro que usaba le hacían parecer más vieja de lo que en realidad era. Morán se dio cuenta de que el vestido de la joven más parecía hecho para ocultar sus formas corporales que para realzarlas.

—¿Y bien, señorita Ark? —dijo, sin abandonar su tono de cortés frialdad.

—Usted es investigador privado, pero con autorización oficial —dijo ella.

—Esa es mi profesión —admitió Moran—. Realizo investigaciones privadas, pero con permiso oficial.

—Lo sé, y también conozco su fama. Por eso estoy aquí.

Morán consultó su reloj.

—Son las doce y media de la noche —dijo—. No es la hora más apropiada para una entrevista de trabajo.

—Después del placer, viene el trabajo —manifestó Maud, sonriendo imperceptiblemente—. Otras veces es al revés, pero hoy ha sido así.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —Morán arqueó las cejas al hacer la pregunta.

—Estuvo usted muy oportuno al recoger a Sofía Solar en brazos, cuando se cayó del pterodáctilo.

—Querrá usted decir Sofía Garvy.

—Ése es el hombre artístico. El auténtico es Solar.

Morán se encogió de hombros.

—Siga —dijo en tono resignado.

—¿Es usted muy amigo de la señorita Solar? Perdón, quise decir de la señorita Garvy.

—Nos conocemos desde hace tiempo, en efecto —contestó él.

—Y parece ser una amistad muy… ¿Cómo quiere que lo diga para no herir susceptibilidades?

—Somos muy amigos, basta con que lo defina así —replicó Morán con sequedad.

—Dispense, no quise ofenderle. ¿Le gustaría ganarse diez millones de «garants»?

Morán pegó un brinco.

—¡Diez millones! —resopló—. Es una cifra de vértigo.

—Pero, en su caso, puede hacerse realidad, señor Morán.

—Aguarde un momento, señorita Ark —dijo él—. Lo que acabo de escuchar me ha dado una sed terrible.

—Yo también tengo sed —dijo Maud intencionadamente.

Morán llenó dos copas. Luego se acercó a su visitante. Cada vez estaba más convencido de que Maud trataba de ocultar deliberadamente su belleza.

Aquella casaca de corte casi militar y los pantalones… No, no era la clase de ropa que debía usar, pensó.

—¿A quién he de matar para conseguir esos diez millones? —preguntó, después del primer trago.

Maud rió suavemente.

—No se trata de un asesinato, sino de usar la persuasión —contestó—. ¿Ha oído hablar alguna vez de Joseph E. Wiltmore?

—¿El chiflado que vive en su asteroide particular?

—Sí, el mismo.

—Es un hombre podrido de dinero. Y también creo que tiene el cuerpo podrido.

—Ambas cosas son ciertas. Pero usted ignora, sin duda alguna, que está buscando a una hija que le secuestraron hace veintidós años.

—¡Atiza! —exclamó Morán—. Le secuestraron una hija hace veintidós años… ¿y todavía no la ha encontrado?

—No. —Maud tomó un ligero sorbo de licor—. Nosotros podemos encontrarla.

Morán entornó los ojos,

—¿Cómo? —preguntó.

—Aguarde un momento. En su opinión, ¿a cuánto asciende la fortuna de Wiltmore?

—Oh, hay momentos en que cuando un hombre es muy rico, diez o veinte millones más o menos no importan absolutamente nada. ¿Pueden contarse las estrellas del firmamento?

—No sea exagerado —sonrió Maud—. Wiltmore posee uno dos billones de «garants».

—¿Americanos o universales? Si es billón americano será de mil millones y si es de los otros, cada billón es un millón de millones.

—Son billones de los otros, señor Morán.

El joven dio dos vueltas sobre sí mismo y acabó sentándose en una silla.

—¡Puf! —dijo, sin aliento—. Dos billones... ¿He oído bien?

—Millón más o menos —sonrió ella—. A usted podrían tocarle diez millones de ese pastel.

—¿Cómo, señorita Ark?

Maud jugueteó un instante con su copa.

—Ya le dije antes que es muy amigo de Sofía Garvy. Ella podría ser la hija que Wiltmore busca tan ahincadamente desde hace veintidós años.

Morán fijó la vista en su visitante.

—¿Cuál sería su parte en el bolín, señorita Ark? —preguntó.

—Unos veinte o veinticinco millones —contestó Maud con indiferencia—. El resto se lo dejaríamos a la domadora de pterodáctilos.

—Suponiendo que ella acepte.

—¿Qué mujer no aceptaría una fortuna semejante?

—Señorita Ark, temo que usted no conoce bien a Sofía. No es que desprecie el dinero, pero me parece que tanta riqueza la abrumaría.

—Bueno, usted podría convencerla...

—Sí, pero, ¿convenceríamos a Wiltmore?

Maud dejó la copa a un lado y se inclinó hacia su bolso, que estaba en el diván. Después de abrirlo, sacó una fotografía de

tamaño postal, que tendió al investigador.

—Aquí tiene a Ina Wiltmore, tal como tendría que ser hoy, si viviese —dijo.

Morán contempló la fotografía un instante.

—¿Cómo sabe usted que ha muerto? —preguntó.

—No puede estar viva. Es de pura lógica —respondió Maud.

—Así que la hija de Wiltmore se llama Ina.

—En efecto, y fue secuestrada a los cuatro años.

—O sea que ahora, si viviese, tendría veintiséis.

—La edad de usted, señorita Ark.

—Y la de Sofía Garvy.

—Sí —murmuró Morán—. ¿Cómo ha conseguido esta fotografía de una chica a la que no se ve desde hace veintidós años y que parece tenga que estar muerta?

—Usted conoce bien el procedimiento: aceleración de imágenes, partiendo de una de ellas, tomada en edad temprana.

—Sí, conozco el procedimiento. Es... tendría que ser muy guapa, pero no se parece a Sofía en absoluto.

Maud se echó a reír.

—Los fabricantes de dinosaurios fabrican también personas —dijo.

—Entiendo. Pero no sé si Sofía aceptará...

—Inténtelo. Si usted no la convence, no la convencerá nadie,

—¡Qué orgulloso me siento! —dijo Morán con sarcasmo,

Maud recogió su bolso.

—Hay tiempo —dijo—. Le veré el martes próximo.

—¿Qué? ¿Por qué el martes?

Ella se dirigía ya hacia la puerta.

—Sé que el domingo por la noche se irán a la Sierra —contestó—. Tendrá casi dos días para convencerla. Si acepta, cosa segura, vendré a darle más detalles del plan. No olvide que son diez millones. Buenas noches, señor Moran.

Maud salió antes de que el investigador, perplejo pudiera decir algo. Morán quedó solo, con la fotografía de Ina Wiltmore en las manos.

Se sirvió otra copa. La suma prometida era harto tentadora —sus ganancias de veinte años de trabajo— pero el instinto profesional le decía que en aquella trama había algo poco honesto.

¿Debía aceptar?, se preguntó.

Era una decisión que tomaría durante su estancia en la Sierra, pensó, mientras empezaba a desvestirse < para meterse en la cama.

* * *

Morán tenía algún correo pendiente y lo despacho sin prisas por la mañana. Una de las cartas contenía; un folleto de propaganda:

HOTEL ZHUZNA

Propietario:

Simón Zhuzna

El mejor reproductor de seres vivientes,

en especial humanos.

¿Ha perdido usted algún ser querido?

¿Murió su perrito?

¿Echa de menos a su gato favorito?

¡ACUDA AL «HOTEL ZHUZNA»!

Le reproduciremos a su familiar ausente definitivamente, con todos sus recuerdos y vivencias; a su perro más querido, a su gato, a su pececito, a su canario, a cualquier ser viviente, en fin, humano o animal, a quien usted eche de menos.

¡PRECIOS SIN COMPETENCIA!

NOTA MUY IMPORTANTE:

El ejemplar reproducido se garantiza inmune a todas las enfermedades durante veinte años a los humanos y un período adecuado a los animales, nunca inferior a cinco años para perros, gatos y canarios.

—¡Qué vida la de este siglo! —masculló el joven—. Uno se

queda viudo, echa de menos a su esposa y puede hacer que se la reproduzcan.

Conocía a un amigo a quien le había sucedido una cosa así, pero la segunda esposa construida artificialmente le resultó una decepción. Tuvo que consultar a un psiquíatra, quien le resolvió el problema con la mayor sencillez.

La segunda esposa, tan de carne y hueso como la primera, moderadamente atractiva y discretamente apasionada, tenía un sólo defecto: asentir siempre a los deseos de su esposo. Nunca le contrariaba ni jamás discutía con él.

El amigo de Moran estuvo a punto de enloquecer. Estaba acostumbrado a pelearse de vez en cuando con su primera esposa y la infinita dulzura de la segunda acabó por empalagarle. Pero, como al mismo tiempo, no podía prescindir de ella, el psiquíatra le aconsejó una ligera corrección de las circunvoluciones cerebrales de su mujer, lo que quitó algo de dulzura a su carácter y la hizo un poco más arisca y discutidora. El amigo de Morán era ya, de nuevo, el hombre más feliz de la Tierra.

Allí, en aquel prospecto, se anunciaban los servicios de un hombre que podía reproducir cualquier ser viviente que se deseara, siempre, claro, que se dispusiera del dinero suficiente para pagar la obra.

—Bueno, menos mal que yo, por ahora, no necesito que me reproduzcan a nadie...

Su soliloquio fue cortado de pronto por un timbrazo de llamada en la puerta.

CAPÍTULO III

Morán se levantó, abandonó el despacho, cruzó el salón y abrió. Un hombre de mediana edad, porte distinguido y correcta indumentaria, le dirigió una cortés sonrisa.

—El señor Morán, supongo —dijo,

—Sí, en efecto.

—Me llamo Lasz, Hank Lasz. ¿Puedo pasar, señor Morán?

—No faltaría más, señor Lasz.

Morán cerró la puerta e indicó un asiento a su visitante. Lasz, sin embargo, no quiso sentarse.

—Voy a ser breve —anunció—. Se trata de la visita que recibió usted anoche.

Morán se alarmó.

—¡No será usted el esposo...! Bueno, ella dijo señorita, así que parecía soltera...

—La señorita Ark y yo no tenemos ninguna relación familiar —dijo Lasz secamente—. Repito que se trata de un asunto que no tiene que ver en absoluto con lazos afectivos.

—¡Ah, qué alivio! —dijo Morán con sorna—. Siga, siga, señor Lasz, parece que me tiene que decir algo muy interesante.

—En efecto. Maud Ark le hizo a usted una proposición.

—¿Cómo lo sabe?

Lasz hizo un gesto con la mano.

—Eso no importa ahora —contestó—. Lo sé y basta.

—Punto final.

—Abandone sus ironías, señor Morán —dijo Lasz, un tanto irritado—. Vengo a hacerle una proposición.

—¿Aceptable?

Lasz metió la mano en su bolsillo, sacó la billetera y extrajo de la misma un rectángulo de color azul pálido.

—Cincuenta mil «garants» —dijo.

Morán arqueó las cejas.

—¿Por qué? ¿Es que le he caído especialmente simpático?

—No. Ni simpático ni antipático. Previsiblemente molesto, por

eso le entrego este cheque.

—Para evitar esas previstas molestias.

—Sí.

—Que están relacionadas con la visita de Maud Ark.

—Sí.

—En resumen, sospecho que usted quiere que yo olvide la visita de la señorita Ark.

—Justamente, señor Morán —confirmó el visitante.

—Así pues, ese dinero es para que yo no le proporcione molestias a usted.

—En efecto.

—¿Está usted relacionado o viene de parte de Wiltmore?

—No, en absoluto.

Moran sonrió.

—Creo que le entiendo a usted —dijo.

—Bien, pero ¿acepta o no?

—¿Qué pasaría si no aceptase? —quiso saber el joven.

—Usted me daría algunas molestias, pero no serían, ni con mucho, tantas ni tan enojosas como las que yo le causaría a usted.

—Parece que capto en su voz un ligero tono de amenaza.

—Sí —admitió Lasz sin pestañear.

Hubo un momento de silencio. Lasz tendió la mano.

—Acepte el cheque y olvide a Maud Ark —aconsejó.

—Realmente, no es una mujer como para acordarse de ella, físicamente hablando. Las hay más guapas —sonrió Moran.

—Estamos de acuerdo —replicó Lasz, sonriendo también.

—Pero su proposición y las amenazas que no ha pronunciado, aunque sí ha dejado entender, me dicen que debajo de ese cheque hay algo que huele espantosamente mal. Y yo me conformo con oler a agua clara y jabón, no sé si usted me entenderá,

Lasz se puso pálido.

—Así pues, ¿rechaza mi oferta?

Tranquilamente, sin mostrar enojo, Moran tomó el cheque y lo metió en la billetera, que luego fue a parar al bolsillo de su dueño. Luego, de repente, agarró a Lasz por el cuello y lo hizo girar en redondo.

Lasz quiso resistirse, pero la fuerza física de Moran era muy superior. La pelea no tuvo historia, ni siquiera merece llamarse así,

y terminó cuando el pie derecho del joven proyectó violentamente al visitante fuera del piso.

Lasz corrió unos pasos y chocó contra la pared opuesta del corredor. Rebotó, cayó al suelo sentado y gruñó de dolor.

Luego, al levantarse, blandió el puño.

—Se acordará usted de...

¡BLAAM!

El portazo que dio Morán al cerrar le hizo saber que sus palabras no iban a ser escuchadas, con lo que, agachando la cabeza a la vez que murmuraba frases de rencor, se dirigió en busca del ascensor.

* * *

Sofía Garvy trepó ágilmente a la rama del árbol que avanzaba unos metros sobre el lago, a diez de altura, llegó al extremo y se irguió, extendiendo sus brazos a la vez que llenaba sus pulmones de aire.

Desde el suelo, Morán contempló aquella espléndida escultura, dorada por los rayos del sol mañanero. Sofía se lanzó de cabeza y su cuerpo fue durante unos instantes una llama centelleante, que se apagó en un chorro de espumas.

Poco después, la joven salió del agua. Morán le tendió una toalla, con la que ella se secó un poco.

—¿Feliz? —preguntó él.

—Mucho —contestó Sofía—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—La gente olvida lo que representa vivir al aire libre —dijo él sentenciosamente—. Yo vengo aquí siempre que puedo.

—¿Sólo o acompañado? —preguntó ella con malicia.

—Normalmente, solo.

—¿Y cuándo vienes acompañado, Kyril?

—Cuando consigo echar el guante a una chica muy bonita que se llama Sofía Solar —respondió él.

Sofía se echó a reír y luego le dio un beso.

—Eres un adorable embustero —comentó.

Morán sonreía. Le pasó una mano por los hombros y sugirió:

—¿Tomamos un bocadillo? ¿O te preocupa mucho la línea?

—Por un día que coma de todo, no voy a convertirme en un

fenómeno de feria —contestó Sofía, mientras echaba a andar junto al joven.

—Bueno, al menos, eres un fenómeno de belleza. Dime, ¿echas de menos tu antigua vida?

—No, en absoluto. No se puede decir que lo pasara mal, sólo que ahora, claro está, vivo mucho mejor.

—Entiendo. Pero quizá te gustaría vivir mejor todavía, Sofía.

Ella le miró de soslayo.

—¿A tu lado, Kyril? Lo dejaría todo por irme contigo.

—Verás, Sofía...

Morán maldijo entre dientes. ¿Debía contarle lo que le había dicho Maud Ark?

—¿Por qué te has callado, Kyril? —preguntó ella, extrañada de su silencio.

—¡Oh, no es nada de particular! Ya hablaremos después del almuerzo.

—Me preocupas, Kyril.

Morán la atrajo contra su pecho.

—No tiene importancia. Era una sugerencia digamos tópica. Todos queremos vivir mejor de lo que vivimos, ¿comprendes?

Ella se encogió de hombros.

—No, pero estoy a tu lado y eso me basta, Kyril —respondió.

Ya llegaban a la cabaña. Sofía hizo de pronto un extraño y la toalla se le cayó al suelo.

Morán se agachó instintivamente para recogerla. En el mismo momento, oyó un terrible silbido, seguido de un pequeño grito y un sordo golpe.

Volvió la cabeza. Sofía, muy pálida, se tambaleaba, con un agujerito redondo, de siniestro color escarlata, en el centro de los senos.

—Kyril —dijo, con voz desfalleciente.

El joven soltó la toalla y se abalanzó hacia ella. De repente, sintió un fuerte latigazo en el brazo izquierdo.

El golpe le hizo girar en redondo. Morán había captado un segundo antes otro silbido análogo y un sordo golpe, procedente de la pared de la cabaña.

Cayó al suelo. Sofía se desplomó a su lado y le dirigió una mirada agónica.

El cuerpo de la joven se agitó un momento. Sofía lanzó un hondo suspiro y sus ojos se quedaron de repente fijos en el cielo.

Morán hundió las uñas en la hierba. El instinto le hizo permanecer quieto, a fin de engañar al desconocido tirador y hacerle creer que estaba también muerto.

* * *

El cuerpo de Sofía estaba tendido sobre una litera, en el interior de la cabaña, cubierto con una sábana. A Morán se le hacía imposible creer que la joven, tan llena de vida momentos antes, fuese ahora sólo un pobre montón de carne inerte.

La furia le hervía por dentro, mientras se enrollaba en torno al brazo unas tiras de celulina. El vendaje orgánico, no sólo desinfectaría la herida, sino que regeneraría los tejidos lacerados en unas cuarenta y ocho horas. La celulina, además, estaba combinada con un anestésico, que hizo desaparecer los dolores a los pocos momentos.

La hemorragia había quedado contenida casi en el acto. Moran buscó una sábana, la rasgó con una sola mano, ayudándose con los dientes, y luego se hizo un cabestrillo. Sintió gran alivio al terminar.

Debía avisar a la policía. Había una pequeña población a unos quince kilómetros de distancia y disponía de un transmisor de radio, pero antes quería hacer otra cosa.

Buscó entre los utensilios de cocina hasta encontrar un pequeño cuchillo, con el que salió al exterior. Luego, pacientemente, empezó a buscar los impactos de las balas.

Un cuarto de hora más tarde, tenía los dos proyectiles en la mano. Después de estudiarlos unos momentos, llegó a una conclusión,

—El asesino ha creído ser muy listo, pero ha cometido un error, un terrible error —dijo, con las facciones contraídas por la ira.

Se le hacía insoportable la idea de que no iba a ver más a Sofía, pero era preciso encararse con la realidad.

Lentamente, entró en la cabaña, se situó ante el transmisor de radio y emitió la señal de alarma. Media hora más tarde, tenía a una patrulla de policía en la casa.

CAPÍTULO IV

Llamaron a la puerta.

Morán alzó la cabeza. Alargó la mano derecha y tocó una tecla. Una pantalla de televisión se iluminó en el acto.

La figura de Maud Ark apareció en la pantalla. Morán presionó otra tecla y la puerta se abrió automáticamente.

Maud entró en el piso y se extrañó al ver desierto el salón.

—¡Señor Moran! —llamó.

—Entre, señorita Ark —dijo él, desde una habitación situada al fondo del departamento—. Estoy en mi pequeño laboratorio.

Maud avanzó decidida, guiada por la voz del joven. Al llegar a la puerta del laboratorio, se detuvo en seco.

—Hola... ¡Oh, está herido! —exclamó.

—Sí, un balazo —contestó Morán—. Pero mañana estaré ya bien.

Morán observó unas ligeras variaciones en la indumentaria de su visitante. Se había peinado de una manera un tanto sofisticada, aunque su expresión de severidad no había desaparecido por completo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó ella.

—Siéntese —dijo Morán—. Si se lo digo estando de pie, se caerá redonda.

Maud obedeció maquinalmente. Tomó una silla y se sentó junto a la mesa en la que Morán estaba trabajando con lo que parecía un microscopio de extraña factura.

—Bueno, suéltelo de una vez —pidió con ansiedad en la voz.

—Es muy simple. Usted ha perdido veinticinco millones, yo diez y Wiltmore una hija falsificada.

La cara de Maud se puso blanca.

—¿Quiere decir... que Sofía Garvy ha muerto?

—Asesinada —corroboró Morán sombríamente.

Maud se tapó los ojos con una mano.

—No lo puedo creer... —murmuró débilmente.

—Llame a la Jefatura de Sierra Place —dijo él con frialdad—.

Está muerta y enterrada. Recibió un balazo en el corazón.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué la mataron?

—Probablemente, el asesino no quería matarla a ella. En el momento en que disparaba, yo me agaché y Sofía recibió el proyectil que me estaba destinado. Luego fui herido y me hice el muerto. Así conseguí salvar el pellejo.

Maud hizo un gesto con la cabeza.

—No acabo de creerlo —murmuró—. ¿Sabe quién es el asesino?

Morán señaló el microscopio.

—Estoy tratando de averiguarlo —contestó.

—¿Huellas dactilares?

—No, el proyectil.

—¿Cómo? No entiendo...

—El asesino utilizó un telefusil. Pero cometió el error de disparar teniendo mi cabaña como fondo. Las balas se clavaron en la madera en lugar de perderse a lo lejos, en la hierba o en el fondo del lago, por ejemplo.

—Y usted las encontró.

—Sí. La condición previa para un disparo con fusil es conocer las coordenadas del blanco con toda exactitud. Así se puede graduar la mira televisual, pero, naturalmente, es preciso graduar también el proyectil para que alcance su blanco, aunque esté a doscientos kilómetros de distancia.

—No entiendo mucho de armas, pero creo que ya voy comprendiendo —dijo Maud.

—Lo celebro. Ahora bien, un proyectil disparado con telefusil no sólo lleva marcadas en sus mecanismos las coordenadas del objetivo, sino las del punto de origen, y, naturalmente, esto es algo que requiere una exactitud no digo milimétrica, pero sí de centímetros.

Maud entornó los ojos.

—Con lo que usted va a localizar al tirador —dijo.

—Sí.

—Pero un proyectil se aplasta al hundirse en el blanco...

—Efectivamente. Suele ocurrir así, y eso es lo que pasó con el que me perforó el brazo. Ahora bien, el obstáculo de mi brazo, teniendo en cuenta que la herida es un simple sedal, resultó mucho menor que el cuerpo de Sofía. Por tanto, el proyectil que la mató

llegó a los troncos de la cabaña con muy poca fuerza: la justa para clavarse, sin penetrar del todo, con lo que apenas sufrió deformación. El otro quedó muy aplastado e inútil para un examen microscópico.

Maud asintió.

—Eso significa que el proyectil que tiene bajo el microscopio es el mismo que mató a Sofía Garvy.

—Exactamente.

—Y ahora irá usted en busca del asesino.

—Sí.

Hubo un momento de silencio. Luego, Maud, de súbito, preguntó:

—¿Amaba usted a Sofía, señor Moran?

El joven suspiró. Luego, lentamente, se puso en pie y caminó hacia la ventana.

—Era una hermosa muchacha, llena de vitalidad y exultante de alegría. Creo que ella me quería a mí y, si se lo hubiera propuesto, habría abandonado sin vacilar tu profesión. No estoy seguro de que yo la amase, pero la apreciaba muchísimo. Por eso no puedo dejar su muerte impune.

—Comprendo —dijo Maud, impresionada a su pesar.

—Lamento que usted pierda sus veinticinco millones, pero, si pudiera, yo daría los dos billones de Wiltmore por volverla a ella a la vida.

—Puede hacer que la dupliquen…

—No, una persona duplicada, por perfecta que sea la reproducción, sólo es un sustitutivo del original. Esto lo hacen gentes débiles de ánimo, pobres de espíritu… con dinero, claro. Cuando se pierde a un ser querido, amado y apreciado de corazón, no hay nada que lo sustituya, señorita Ark.

—Creo que tiene usted razón —suspiró Maud—, y permítame que le diga que lamento sinceramente lo ocurrido.

—Claro, ha perdido veinticinco millones…

—No es sólo el dinero —alegó ella en son de protesta—. Me da pena que haya muerto una muchacha buena y simpática, compréndalo.

—Gradas, en nombre de Sofía,

De nuevo se produjo otro lapso de silencio.

Maud fue la primera en hablar de nuevo:

—Así pues, piensa ir en busca del asesino —dijo.

—En cuanto tenga el brazo sano —respondió Morán.

—Pero ¿por qué querían matarle a usted? —se extrañó la joven.

—Sencillamente, porque no quise aceptar un cheque de cincuenta mil «garants».

* * *

La puerta se abrió tras la llamada de Morán. Una mujer de formas opulentas, vestida a medias con una bata de tejido escasamente tupido, pelo teñido y labios sensuales, apareció ante los ojos del investigador.

—Aquí vive Rolf Digger —aseguró Morán fríamente.

—Sí, pero ahora no está en su casa —contestó la mujer.

—¿Es usted su esposa?

Ella rió de forma desagradable.

—Una simple visitante —contestó con malicia—. Estoy de paso.

Morán metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes.

—Hay mil «garants» —dijo—. Vístase y abandone la casa.

—Pero...

—¡Obedezca!

El tono de Morán era harto conminatorio y asustó a la rubia.

—Está bien, por mil «garants», no merece la pena discutir —contestó—. A fin de cuentas, Rolf es un tipo tacaño...

La rubia se dirigió a un dormitorio, del que volvió a salir un cuarto de hora más tarde, con un bolso en las manos.

—Salude a Rolf cuando lo vea —dijo.

—Espere un momento —pidió Morán—. Esos mil «garants» incluyen también su silencio. Si me entero de que ha avisado a Digger, la buscaré y le aplicaré un depilatorio definitivo en su cabeza, ¿Entendido?

La rubia se asustó.

—Esto va en serio —dijo.

—Muy en serio... y mil «garants», repito, merecen la pena de seguir yendo al peluquero para... —Morán iba a decir: «para que continúes tiñéndolo de rubio», pero prefirió halagar a la individua —. Para que puedas continuar cuidando esa magnífica cabellera,

naturalmente.

La rubia sonrió, esponjada por el elogio.

—Tú sí que sabes tratar a las mujeres —dijo—. Cuando quieras algo, pregunta por Dotty Irtmour, en el «Joe's Hole».

—Lo tendré en cuenta, Dotty. Ya conozco esa taberna.

La mujer se marchó. Inmediatamente, Morán se aprestó a realizar un concienzudo registro de la casa.

Pronto encontró, en un cajón, dos mapas topográficos, Uno de ellos de la ciudad. El otro, de escala 1:25.000, propio para excursionistas, estaba señalada su cabaña.

Había también otro papel con cálculos de distancia y tiempos. Eran unas pruebas abrumadoras, pero todavía quería hallar más.

El telefusil no aparecía por ninguna parte, Morán tanteó las paredes, hasta que, de pronto, sonó a hueco.

Golpeó la pared y pudo darse cuenta de que no era tabique de mampostería. El empapelado cubría diestramente un panel de simple madera contrachapada. Morán no se molestó en buscar el resorte de apertura de lo que sin duda alguna, era una puerta secreta.

Su pie derecho actuó con violencia y la madera crujió. Dos puntapiés más terminaron de abrir la brecha, que luego ensanchó con las manos.

Una torva sonrisa de satisfacción se formó en sus labios. Sí, allí estaba el telefusil.

Sacó el arma y el trípode, examinando la primera con toda atención. La mira televisual permitiría localizar el objetivo, aunque estuviese situado a doscientos kilómetros, trayéndolo ante el ojo del tirador a una distancia aparente no superior a los cien metros.

A la derecha de la mira estaban los instrumentos de control de tiempo, que se calculaba en función de la distancia del arma al objetivo y la velocidad media del proyectil. La esferillas graduadas señalaban todavía los datos necesarios para llegar desde la casa de Digger hasta su cabaña.

En el escondite, Morán encontró una caja bastante grande, con cartuchos de distintos alcances. Cada proyectil tenía una dimensión diferente, según la distancia a que iba a ser lanzado, puesto que se componía de diversas etapas, que lo iban propulsando sucesivamente hasta el blanco. Morán pudo averiguar así que la

bala que había matado a Sofía había sido impulsada, además de por la carga original de proyección, por tres impulsores sucesivos.

Al final, sólo había quedado un proyectil de unos doce milímetros de calibre, suficiente para partir un corazón. El pecho le hirvió de ira al pensar que la hermosa Sofía Garvy dormía ya el sueño eterno.

En aquel momento, oyó que se abría la puerta del piso.

Abandonó sus morbosos pensamientos, Rolf Digger regresaba a su casa.

CAPÍTULO V

—¡Dotty! ¡Dotty! ¿Dónde diablos te has metido? —gritó Digger —. ¡Contesta, mujer!

Digger avanzó unos pasos y llegó a la puerta de la sala de estar. Entonces se detuvo en seco, con la cara invadida por una tremenda palidez.

—Hola, Digger —saludó Moran fríamente—. Siento informarle que Dotty no está. Se ha marchado.

Un profundo silencio gravitó de repente sobre la casa. La nuez de Digger subía y bajaba espasmódicamente, mientras contemplaba al hombre de rostro impasible, sentado en una silla, tras el telefusil emplazado en su trípode.

Un cable cilíndrico, de un centímetro de grueso, iba a parar desde los mecanismos de disparo a una toma de corriente en la pared. Digger vio encendida una lamparita roja en la parte superior del arma, sobre la recámara; y supo así que el telefusil estaba listo para hacer fuego.

—¿Qui… quién es usted? —preguntó, sumamente asustado.

—Mi nombre es Kyril Moran, pero no debiera haber hecho esa pregunta —manifestó el joven, a. la vez que ponía la mano izquierda sobre el mecanismo de puntería visual—. Usted me vio hace tres días a través de esta pantalla, aunque yo me hallaba a sesenta y dos kilómetros de distancia.

Digger tragó saliva. La impasibilidad de su visitante le infundía pánico.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Usted es un asesino profesional. ¿Quién le ordenó matarme?

Digger trató de recobrarse.

—Nunca traiciono a quien me paga —contestó.

Morán no se alteró.

—Tiene dos caminos, Digger —declaró—. Uno: darme el nombre que le he pedido. Simplemente, irá a manos de la policía y luego acabará en un tribunal. Le someterán a acondicionamiento cerebral y extirparán todos sus instintos criminales.

—¿Cuál es el otro camino?

—Callar… ¡y morir!

El índice de Morán se curvó sobre el disparador del arma. Haciendo un esfuerzo, Digger pudo hablar, casi con desdén:

—El telefusil no disparará, aunque parezca que está listo para hacer fuego. Se ha olvidado usted de acoplar el transformador elevador de tensión. Esa toma de corriente le facilita solamente doscientos voltios, cuando lo que necesita el arma son trescientos ochenta.

—Un asesino técnico —calificó Morán—. Pero está mintiendo.

Digger se cruzó de brazos.

—Dispare—le desafió.

Morán calló un instante. Era muy posible que el asesino tuviese razón. Fingiendo estar irresoluto, metió la mano en el bolsillo.

—Muy bien, pero tengo otra arma —dijo—. Muy primitiva, si usted quiere. Sin embargo, nunca falla cuando la uso.

Empezó a sacar la mano. En el mismo momento, Digger extrajo del interior de su blusa una pistola corriente, pero con mecanismo eléctrico de disparo.

La mano de Morán se movió centelleantemente. Mientras su brazo se echaba hacia atrás, la navaja automática se desplegó, haciendo relucir una hoja de dieciocho centímetros de largo por dos y medio de anchura. Era más bien un cuchillo de caza, que voló raudamente, cuando Digger no había tenido tiempo aún de fijar su puntería.

El acero se hundió hasta el mango en el pecho de Digger, de cuyos labios brotó un gemido de agonía. Su mano derecha se elevó y el índice, crispado involuntariamente, presionó sobre el gatillo.

Los ocho disparos del cargador salieron en segundo y medio, destrozando el techo. Digger dio un par de pasos vacilantes, giró sobre sí mismo y se desplomó al suelo.

Morán se incorporó y se acercó al caído. Le dio la vuelta con el pie. Los ojos de Digger le contemplaron a través del turbio velo de la agonía.

—Dime el nombre —exigió.

Digger abrió la boca, pero sólo salió de sus labios un soplo ininteligible. Se estremeció un poco y dobló la cabeza a un lado.

Morán se mordió los labios.

—Juraría que Hank Lasz tiene algo que ver con este maldito asunto —masculló.

* * *

La campanilla de llamada del fonovisor tañía suavemente cuando Moran entró en su casa. Se acercó al aparato y dio el contacto.

La cara de Maud Ark apareció en el acto ante sus ojos.

—¿Cómo está? —saludó la joven—. Espero que no le haya molestado mi llamada, señor Morán.

—En absoluto —respondió él—. Todo lo contrario. ¿Le sucede algo, señorita Ark?

—Curiosidad —dijo Maud, sonriendo levemente.

—Entiendo —dijo Morán—. Encontré a Digger.

—¿Y...?

—No fue una discusión placentera. Hablando con sinceridad, puedo decirle que mi visita resultó un fracaso.

—¿Acaso Digger no era el asesino?

—Sí. Encontré el telefusil y pruebas suficientes para saber que fue él quien hizo los dos disparos. Pero no quiso decirme quien le había pagado por matarme.

—Le habrá denunciado a la policía, supongo.

—Señorita Ark, los únicos servicios que Digger necesita ya son los del sepulturero.

—¡Oh! —dijo Maud, consternada.

—Trató de matarme y yo me anticipé a él. Murió sin poder hablar.

—Lo siento, señor Morán.

—No se preocupe. Creo que tengo una pista y la seguiré. Por otra parte, no tengo demasiada prisa; correr no me serviría de nada ni resucitaría a Sofía.

—Comprendo. Le deseo mucha suerte, señor Morán.

—Gracias, señorita Ark.

Maud vaciló un momento. Luego dijo:

—Señor Morán, no me califique de atrevida..., pero me gustaría que aceptase una invitación para cenar en mi casa.

Morán arqueó las cejas.

—¿Cree que puedo ser buen invitado? —preguntó.

Ella sonrió.

—Para mí, sí —contestó—. Sobre todo, mañana por la noche.

—¿Tiene algo de especial la fecha?

—En cierto modo. Por la tarde, tengo concertada una consulta con mi psiquíatra. Me gustaría comparar su diagnóstico con el suyo, señor Morán.

—¿Mi… diagnóstico?

—Sí. Si no me equivoco, usted se licenció en Medicina y siguió dos cursos de especialización de Psiquiatría en un famoso hospital. Luego dejó la carrera, pero tengo entendido que hubiera sido un magnífico profesional.

—Está usted muy entregada de mis peculiaridades, señorita —dijo él,

Maud sonrió.

—Adquirí informes suyos antes de visitarle —explicó sucintamente—. ¿Acepta mi invitación?

—Ha espoleado mi curiosidad —Morán sonrió igualmente—. ¿Hora?

—Las siete y media.

—Seré puntual, señorita Ark.

—Maud, por favor —rogó ella—. Hasta mañana, Kyril.

—Hasta mañana, Maud.

El investigador cerró la comunicación y se quedó pensativo unos instantes. Se preguntó si sería conveniente hacer una pasada por el «Joe's Hole». En tiempos, Sofía había sido camarera allí,

Dotty Irtmour estaría allí. Quizá sabía algo; en determinados momentos, los hombres se sentían inclinados a las confidencias. Una conversación con Dotty podía resultar interesante.

Llamaron a la puerta. Morán volvió la cabeza.

Al cabo de unos segundos, se decidió a abrir. Un hombre de unos cincuenta años, elegantemente vestido, apareció ante sus ojos.

—El señor Morán, supongo —dijo.

—Sí, en efecto.

—Me llamo Borglum y soy secretario personal de Joseph E. Wiltmore. Necesito hablar con usted, aunque le prometo que seré breve.

Morán se apartó a un lado, mientras procuraba dominar la

sorpresa que le causaba la visita.

—Pase, señor Borglum —invitó.

El individuo cruzó el umbral. Morán cerró la puerta y le indicó un sillón.

—Gracias —rechazó Borglum—. Antes le anuncié que voy a ser breve y así será. He venido solamente para expresarle el deseo del señor Wiltmore de sostener una entrevista con usted, en su residencia espacial.

—¿Puedo conocer los motivos, señor Borglum? —preguntó Morán.

—El señor Wiltmore se los expresará personalmente. —Borglum introdujo la mano en el bolsillo y sacó un sobre, que entregó al joven—. Esto es una pequeña gratificación por los trastornos que le ocasione la visita al señor Wiltmore, tanto si acepta su proposición, como si estima conveniente rechazarla.

Morán tomó el sobre. No sabía qué decir.

—A las ocho en punto vendrá un coche a recogerle, para llevarlo al astro puerto privado del señor Wiltmore —añadió Borglum—. Sea puntual, se lo suplico.

—Sí —contestó el joven.

—Eso es todo, señor Morán.

Borglum hizo una correcta inclinación de cabeza y se despidió. Morán se quedó solo.

Abrió el sobre. Dentro había un cheque por diez mil «garants».

Silbó, admirado.

—Eso, sólo por las molestias —dijo—. ¿Qué será si me encomienda algún trabajo?

Pero si Wiltmore se lo encomendaba o no, lo sabría al día siguiente, pensó. Y luego se le ocurrió que debía avisar a Maud Ark, a fin de posponer la cena para otra fecha, ya que el viaje a la residencia espacial del billonario le impediría acudir a la cita.

* * *

El cohete de enlace con la residencia sideral era un derroche de lujo, amplio, capaz, sin el menor agobio de espacio. Dos hermosas azafatas atendían los menores deseos del único pasajero de la astronave, mientras los pilotos conducían al aparato hacia el

asteroide donde residía aquel excéntrico sujeto que se llamaba Joseph E. Wiltmore.

El cohete orbitó dos veces en torno a la tierra, siguiendo una trayectoria de apertura en espiral. Al iniciar la tercera órbita, de equiparación con el asteroide, Morán pudo ver al fin aquel extraño cuerpo celeste que el billonario se había hecho traer del cinturón de asteroides, entre Marte y Júpiter.

Las dimensiones del asteroide eran enormes o ínfimas, según se hiciesen las comparaciones. Respecto al cohete de enlace, era gigantesco.

El asteroide medía unos seis kilómetros de largo, por tres de ancho y dos de grueso. Los equipos costeados por Wiltmore habían vagado largo tiempo por el cinturón de asteroides, hasta dar con el deseado. El que Morán tenía a la vista, parecía una gigantesca losa de forma aproximadamente rectangular.

Era una masa de roca de doscientos cincuenta mil millones de toneladas, compuesta de granito y rocas eruptivas, con fuertes indicios de hierro y níquel. Wiltmore habría obtenido una fortuna, sólo con extraer los dos últimos minerales citados, pero no había traído el asteroide a una órbita circunterrestre para especular.

Equipos de ingenieros y operarios altamente especializados habían trabajado de firme para construir la residencia y dotarla de motores de gravedad artificial, que conferían al asteroide una mitad de la gravedad terrestre. En la cara superior, la inferior daba a la Tierra casi siempre, se había construido un gigantesco cobertizo estanco, trasparente, de unos cinco kilómetros de largo por dos de ancho y unos doscientos de altura.

Bajo las bóvedas transparentes se disfrutaba de una atmósfera normal y había tierra de labor y plantas y árboles trasplantados al asteroide a un coste que nunca podía ser mejor calificado de astronómico. Era un paraíso en el espacio, fabricado a golpe de talonario de cheques, en el que no faltaba, lógicamente, una residencia digna de un monarca de fábula.

El agua y el aire no eran problema en el asteroide, como tampoco lo eran los alimentos. Naves cohete subían constantemente, llevando todo lo necesario para la vida en el espacio. Por si fuera poco, en el seno del asteroide se había descubierto un bloque de hielo, que debía estar allí desde el

principio de los siglos.

El volumen del asteroide era de unos treinta y seis kilómetros cúbicos y el del bloque de hielo «sólo» de medio millón, pero aquellos quinientos mil millones de litros potenciales de agua garantizaban el preciado líquido para más de cien años sin restricción alguna. Ciertamente, Wiltmore era un hombre afortunado, pensó Morán.

La enorme esclusa de acceso al asteroide entró en funcionamiento para acoger el cohete que llegaba de la Tierra con un sólo pasajero a bordo.

CAPÍTULO VI

En el seno del asteroide se había excavado un gigantesco hangar de cuatrocientos metros de largo por otro tanto de anchura y cien metros de altura, dejando, especialmente, varias columnas de la misma roca, a fin de proporcionar sustentación a la bóveda. Un nutrido grupo de operarios salió al encuentro del cohete cuando la esclusa exterior se hubo cerrado y la presión normal fue restablecida.

Una de las azafatas guió a Morán hasta la salida. Al pie de la escalerilla, apareció una mujer de unos cuarenta años, de severo peinado y vestida con discreción.

—Soy la señora Fortes —se presentó—. El señor Wiltmore me ha encargado darle la bienvenida en su nombre, señor Morán.

—Es un placer conocerla, señora Fortes —declaró el joven en tono grave.

—Muchas gracias. ¿Tiene la bondad de acompañarme? El señor Wiltmore le recibirá en seguida.

—Con mucho gusto.

La señora Fortes echó a andar. A poco, entró en un ascensor, cuyo pozo estaba excavado en la misma roca.

Morán siguió a la mujer. Salió a un jardín de aspecto encantador y caminaron hacia la mansión. Parecía mentira que una roca semejante pudiera haberse hecho a cuarenta mil kilómetros de la Tierra.

Minutos después, la señora Fortes abrió una puerta y anunció:

—Señor, ha llegado el señor Morán.

—Gracias, Rosa —dijo una voz de tonos ya algo cascados—. ¿Hay bebidas?

—Sí, señor.

—Muy bien. Entonces, haga pasar a ese joven. Déjenos solos, Rosa; no quiero que nadie nos moleste para nada. Si necesito algo, ya la llamaré.

—Muy bien, señor.

Rosa Fortes hizo una señal con la cabeza y Morán cruzó el

umbral. La puerta se cerró a sus espaldas. Hubo un momento de silencio.

La estancia era grande, con cúpula semiesférica de cristales, con vistas al jardín y al espacio. La Luna, en plenilunio, parecía poder tocarse con las manos.

—Señor Morán —llamó el billonario.

—Estoy aquí, señor Wiltmore.

—Acérquese, por favor, quiero verle.

Morán caminó unos pasos y rodeó el sillón de elevado respaldo en el que se encontraba sentado el dueño de la residencia sideral. Los dos hombres se contemplaron unos momentos.

Joseph Wiltmore era muy viejo, debía de rondar los cien años, calculó Morán, pero en sus ojos brillaba aún la chispa de inextinguible tenacidad que le había llevado a convertirse en el hombre más rico de la Tierra. Apenas le quedaba pelo y parecía muy débil físicamente, aunque su mente permanecía clara y lúcida.

—¿Cómo me encuentra usted, muchacho? —preguntó Wiltmore —. Una momia, ¿no?

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó el joven.

—Noventa y seis. ¿Por qué diablos lo preguntas? —le tuteó de pronto el anciano.

Morán se acercó al billonario y le levantó un párpado con el dedo pulgar. Luego le tomó el pulso.

—¿Qué estás haciendo, muchacho? —preguntó Wiltmore.

—Comprobar su pulso, señor. ¿Se ha tomado la tensión últimamente?

—Si… —Wiltmore citó las cifras—. Pero yo he llamado a un investigador, no a un médico.

Moran sonrió. Miró a su alrededor y vio un bien surtido aparador de licores. Se acercó allí y echó jerez en dos copas, una de ellas sólo hasta la mitad.

—Tiene prohibido el alcohol, ¿verdad? —preguntó, mientras le entregaba la copa.

—Mi «matasanos» particular…

—Es un poco anticuado —sonrió Moran—. En esa copa que le he dado debe haber menos de un gramo de alcohol. Usted puede soportar dos y medio o tres al día, perfectamente, sin el menor trastorno físico.

—¡Rayos! —juró Wiltmore—. Esto es lo más agradable que he oído en mucho tiempo. ¿Tratas de adularme, muchacho?

—Verá, señor, me gusta ser franco y usted cumplirá pronto el siglo. Ya sé que le gustaría vivir otro, pero eso es imposible. Cuando se llega a esa edad, un año más o menos no tiene importancia... y, personalmente, no creo que tres medias copas de buen vino, no licor, ¿eh?, tres medias copas, repito, no acortarán su vida en un año. Quizá todo lo contrario.

—Vaya —rezongó Wiltmore—. Eso sí que es manera de tratar a un paciente y no como lo hace mi «matasanos». «No tome esto, no coma aquello, no beba lo otro...» —Tomó un sorbito de vino y chasqueó la lengua apreciativamente—. ¿Sabes que me encuentro mucho mejor?

Morán sonrió.

—Soy médico y también psiquíatra —dijo—. Pero usted me llamó como investigador... ¿para qué, señor Wiltmore?

—Para que encuentres a mi hija Ina —respondió el billonario vivamente.

* * *

Morán bebió un poco de jerez y se apoyó en una consola, casi frente a Wiltmore.

—Sé que desapareció hace veintidós años —dijo—. Entonces, usted debía de tener setenta y cuatro años.

—Si, Ina nació cuando yo acababa de cumplir los setenta. Siempre he sido un hombre fuerte —dijo Wiltmore orgullosamente.

—¿Vive la madre de Ina?

Wiltmore se entristeció.

—Mi esposa tenía treinta y seis años cuando nació la niña. Murió diez años más tarde, de pena.

—Lo siento —murmuró el investigador—. Pero ¿cómo es posible que Ina no haya aparecido en veintidós años?

Wiltmore se encogió de hombros.

—He gastado ríos de dinero. Jamás he logrado saber su paradero —contestó—. Pero ahora, más que nunca, quiero encontrarla... y tú debes hacer todo lo posible por hallarla.

—No será fácil —alegó Morán.

—El dinero no importa. Te abriré una cuenta corriente y gastarás sin tasa y sin que nadie te exija cuentas, Pero quiero que la encuentres.

—Muy bien. Haré lo que pueda…, pero ¿no puede darme alguna pista? Una señal de nacimiento, por ejemplo, algún lunar...

—No, que yo sepa. Ina no tenía ninguna de esas señales Y lo malo es que no conservo nada en que pudiera haber dejado sus huellas dactilares, que algo podría ayudarte.

—Si —convino Morán pensativamente—. Va a resultar difícil y no le auguro éxito, pero haré lo que pueda.

—Sé que no me defraudarás. Si encuentras a Ina, te cubriré de oro, pero, además, estás obligado a encontrarla por otro motivo.

—¿Cuál, señor? —presunto Morán.

—Ina conoce un terrible secreto, que fue grabado en su subconsciente unos meses antes de su desaparición. Naturalmente, lo ignora en estado normal, pero se acerca la fecha de su revelación... y si eso ocurre, se producirá una espantosa catástrofe.

Morán fijó los ojos en el billonario, que parecía delirar, pero la expresión de su rostro le convenció de que hablaba completamente en serio.

—¿Lo revelará ella voluntariamente? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Sí, porque tiene grabada en su mente una fecha, la de su vigesimosexto cumpleaños. Ese día hará público el secreto... ¡y yo quiero que lo revele aquí, delante de mí, los dos a solas! ¿Comprendes?

—Sí, señor —repuso Morán—. Imagino —añadió—, que no puedo conocer ese secreto, aunque sí la fecha del cumpleaños.

—Has acertado —declaró Wiltmore—. No puedes conocer el secreto, pero sí la fecha del cumpleaños de Ina, que ocurrirá exactamente dentro de diecinueve días.

Morán hizo un rápido cálculo.

—El veintinueve de agosto de dos mil ciento treinta y cuatro.

—Efectivamente.

—Muy bien, señor. Repito que haré lo que pueda y... ¿Me permite otra copa?

—Claro, muchacho. Anda y bebe sin remilgos —accedió Wiltmore, sonriendo.

Morán se acercó de nuevo al aparador de los licores, A la derecha de las botellas, había una gran bandeja repleta de frascos y tubos de medicamentos,

—Señor Wiltmore —dijo, mientras llenaba la copa de nuevo—. ¿Sabe? yo tenía la impresión de que iba a encontrarme aquí con un agonizante o poco menos. Por allá abajo se dice que está usted podrido y no de dinero solamente.

—Se dicen muchas cosas de mí, Kyril, aunque lo cierto es que mí salud es muy deficiente en los últimos tiempos.

—Sí, claro... y si continúa observando este régimen, morirá usted antes de que su hija cumpla los veintiséis años.

* * *

Las sarmentosas manos de Wiltmore se aferraron con fuerza a los brazos del sillón.

—¿Qué dices, muchacho? Mi médico, el doctor Pentland, es uno de los mejores médicos...

Impasible, Morán separó un par de frasquitos de la bandeja y los dejó a un lado. Luego, con la bandeja en la mano, se fue al otro extremo de la habitación, en donde había una gran mesa de despacho. Al lado había una papelera y todos los frascos fueron a parar a ella.

Wiltmore estaba pasmado.

—¿Confía usted en el doctor Pentland? —preguntó Moran.

—¡Pues claro que sí! Si uno no va a confiar en su propio médico...

—En los tiempos que corremos, hay confianzas que matan. El tratamiento que le había prescrito era un pasaporte para el cementerio, señor.

El billonario tenía la boca abierta.

—¿Quieres decir que me estaba envenenando? —exclamó.

—Así es, señor —contestó el joven, muy serio.

—Pero ¿por qué? Pentland lleva años a mi servicio...

—Y usted es un hombre ya anciano y que posee una fortuna de más de dos billones de «garants». Pentland, seguramente, está pensando en agarrar un buen pellizco de esa fortuna.

—Me dejas pasmado, muchacho. No acabo de comprender las

razones de Pentland, digas lo que digas —insistió Wiltmore.

—Están relacionadas con el intento de soborno de que he sido objeto un par de veces y en la tentativa de asesinato de que fui víctima. Me atravesaron un brazo, ¿comprende?

Wiltmore le miraba con ojos muy abiertos.

—Empiezo a creer que tienes razón, Kyril —dijo.

—La tengo —insistió Moran firmemente—. Yo le prescribiré un tratamiento más adecuado y, créame, podrá vivir veinticinco o treinta años más. Incluso tomando media copita de vino generoso de vez en cuando.

El billonario sonrió.

—Muy bien —dijo—. Despediré a Pentland...

—Pero no sin antes haber hablado yo con él —atajó Moran.

—De acuerdo. Lo llamaré...

Morán alzó una mano.

—No, aguarde —dijo, en voz baja.

Caminó de puntillas hacia la puerta y asió el pomo. Luego, súbitamente, abrió de golpe.

Rosa Fortes se enderezó, procurando componer el gesto.

—¡Ejem! —carraspeó, sumamente turbada—. Aguardaba aquí, por si me necesitaban...

Morán se fijó en el audífono que ella tenía insertado en la oreja izquierda. El cable se perdía en el interior del severo escote de su vestido gris.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Morán alargó las manos y rasgó la pechera del vestido.

Rosa protestó. Morán la asestó una tremenda bofetada que la hizo dar dos vueltas sobre sí misma.

El ama de llaves gritó furiosamente. Morán le extrajo del seno una cajita del tamaño de un paquete de cigarrillos, aunque menos gruesa, unida al audífono.

Rosa Fortes pareció enloquecer de repente. Estaba lívida, desmelenada, con toda la parte delantera del vestido rasgada, cosa que no parecía importarle en absoluto. De repente, metió la mano bajo la falda y la sacó armada de una pistola.

Morán reaccionó velozmente y se arrojó sobre ella, para sujetarle la muñeca.

—¡Quieta, bruja! —gritó.

El ama de llaves chillaba frenéticamente. Morán le dobló la muñeca, a fin de hacerle soltar el arma y, en el mismo momento, el índice de Rosa se crispó sobre el gatillo.

Era una pistola con mecanismo eléctrico de disparo. Ocho proyectiles se hundieron en el corazón de la mujer en menos de dos segundos. Rosa Fortes soltó el arma, abrió los brazos y se desplomó al suelo, muerta instantáneamente.

CAPÍTULO VII

Furioso, Morán pegó una patada a la pistola y la envió al otro extremo de la estancia. Luego miró al billonario.

—Lo siento, señor —dijo—. No era mi intención matarla...

Wiltmore permanecía impasible.

—Hay una cosa que detesto y son los traidores —contestó—. Pero nunca me hubiera podido imaginar que Rosa me traicionase.

Morán se acercó a Wiltmore y le enseñó la cajita que había arrebatado al ama de llaves,

—Una grabadora, con micrófono de ventosa —explicó—. Al mismo tiempo que grababa, Rosa oía todo lo que hablábamos aquí,

—Comprendo —dijo Wiltmore—. Mi dormitorio está al lado. Trae una manta.

—Sí, señor

Momentos después, el cuerpo de Rosa quedaba oculto a la vista. Wiltmore se sentía abrumado.

—Ya no podré fiarme del personal que tengo aquí— se lamentó.

—Eso es algo que se puede solucionar fácilmente, si me da carta blanca, señor—dijo Morán.

—Hecho, Kyril —accedió Wiltmore—. ¿Cuál es la solución?

—Necesito comunicarme con un amigo en la Tierra...

—Dame el número, por favor.

Morán se lo facilitó. Wiltmore tomó un micrófono sujeto al brazo derecho de su sillón y dijo:

—Quiero comunicación inmediata con el número E7-VBX106602. Es urgente —añadió.

—Sí, señor —le respondieron al momento.

Morán se acercó al billonario y tomó el micrófono.

Momentos después se oyó una voz en la estancia:

—Habla Shartoo. ¿Quién es?

—Hola, Tom —dijo el investigador—. Soy Kyril Morán. Tengo un trabajo para ti y tus chicos.

—¿Interesante?

—Bien pagado, pero tendréis que abrir los ojos. ¿Has oído

hablar de Joseph E. Wiltmore, Tom?

—¿El billonario chiflado, que vive en un asteroide, a cuarenta mil kilómetros de la Tierra?

—Cuidado, Shartoo —gruñó Wiltmore—. Le estoy oyendo y de chifla-do no tengo nada.

Al otro lado de la línea se oyó una exclamación de sorpresa. Morán soltó una risita.

—Tom, reúne a todos tus chicos, toma un cohete de alquiler y vente para el asteroide. Cuando estés aquí, te daré instrucciones. ¿Entendido?

—Llegaremos antes de veinticuatro horas, Kyril —prometió Shartoo.

—Gracias, Tom; sabía que podía contar contigo. Ah, pagaremos el cohete aquí en el asteroide. Eso es todo. Hasta la vista.

—Hasta pronto, compadre.

Morán cerró la comunicación.

—Shartoo traerá consigo media docena de hombres de probada lealtad, verdaderos perros de presa —dijo—. Con ellos estará usted totalmente seguro, señor Wiltmore.

El billonario hizo una leve inclinación de cabeza.

—Creo que acerté al llamarte, muchacho —dijo—. Probablemente —añadió—, el resto del personal me es fiel, pero... —lanzó una mirada al sangriento bulto que había bajo la manta—, ya no puedo confiar en ellos.

—Es cierto—convino Morán—. Y ahora que recuerdo, teníamos que hablar con su «matasanos» particular.

—Sí, tienes razón.

Wiltmore tomó el micrófono de nuevo y dijo:

—Que venga el doctor Pentland inmediatamente.

—Lo siento, señor —respondió el encargado de las comunicaciones—. El doctor Pentland acaba de zarpar rumbo a la Tierra.

Hubo un momento de silencio. Los dos hombres se contemplaron sin pronunciar palabra.

Luego, el joven dijo:

—Buscaré a Pentland y lo volveré del revés como un guante, para que me diga todo lo que sabe.

* * *

Morán tocó el timbre de la puerta. Una voz, de cálidos tonos, sonó a través del altoparlante disimulado en la jamba:

—Pase, por favor, Kyril.

La puerta se abrió. Morán pasó detrás del enorme ramo de flores que había comprado para la ocasión.

—Saldré en seguida, Kyril —gritó Maud desde el interior de la casa—. Estoy terminando de arreglarme

—Muy bien, no tengo prisa, Maud.

Moran vio un jarrón sobre una consola y dejó allí el ramo de flores. Luego paseó la vista por la estancia, sobriamente decorada en un estilo muy moderno, con algunos toques clásicos, que contrastaban agradablemente.

Una de las paredes de la estancia era de vidrio polarizable, a fin de hacerlo transparente o no a voluntad. En aquellos momentos era solamente translúcido.

Al lado había una puerta que comunicaba por el interior del piso. Momentos después apareció Maud.

La joven sonrió al verle. Moran creyó que se quedaba sin aliento.

Maud ofrecía un aspecto enteramente distinto al que él conocía. Ahora el pelo le caía suelto por los hombros y vestía una especie de peinador que le llegaba hasta los pies y que, al contraluz de la vidriera, permitía contemplar una silueta de absoluta perfección anatómica.

—¿No me dice nada? —preguntó ella, sonriendo con malicia.

—Me he quedado sin habla —dijo Morán—. ¿Es usted la misma que fue a verme?

—La misma, Kyril —afirmó Maud, avanzando hacia él con paso ondulante—. ¡Oh, qué flores tan hermosas! —exclamó al ver el ramo en el jarrón.

—Celebro que le gusten, Maud. Pero…

Ella olió las flores un momento y luego se volvió hacia su huésped. Morán se dio cuenta de que el peinador que Maud llevaba puesto era de tejido polarizable. Al trasluz, resultaba casi totalmente transparente. Si recibía la luz de lleno, el tejido resultaba impenetrable a la vista.

Maud rió suavemente, dándose cuenta de la turbación de Morán.

Se acercó a él y le tomó por un brazo.

—Venga, nos sentaremos en el diván. Tenemos que hablar de muchas cosas. Y cenar también,

—Se me ha quitado el apetito —dijo el joven.

—¿Soy yo la culpable?

—Si. Resulta usted absolutamente distinta. La primera vez que la vi, incluso me pareció fea…

—¿De veras? Bien, la verdad es que lo hago por… digamos el prestigio de la profesión.

—¿Qué profesión, Maud?

—Soy competidora suya.

—Vaya —resopló Morán—. No se me había ocurrido que pudiera ser investigadora.

—Lo soy, y si lo desea, le enseñaré la patente de ejercicio de la profesión.

—Confío en su palabra, Maud. Y lo que me ha dicho explica algunas cosas de usted.

Ella alargó la mano y abrió una cigarrera. Con el pitillo en los labios, ofreció a Morán, quien también encendió uno.

Después de las primeras bocanadas de humo, ella dijo:

—Bien, Kyril, nuestra reunión, si mal no recuerdo, iba a tener algo de cita de negocios.

—Eso es lo que dijo usted cuando me invitó a cenar. También mencionó una visita al psiquíatra…

—Es cierto. Hice la consulta.

—¿Y…?

—Me dijo que mis alucinaciones no tenían importancia. En realidad, no se pueden calificar de alucinaciones. Han sido unas cuantas pesadillas en los últimos tiempos y, según dijo, debido quizá a un exceso de trabajo.

—Es posible —manifestó él—. ¿Qué tratamiento le ha prescrito?

—Tranquilidad, reposo, alejamiento temporal del trabajo y unas tabletas de un sedante diario al acostarme.

—Parece un tratamiento normal —dijo Morán—. ¿La sometió a hipnotismo?

—Lo intentó y casi estuvo a punto de conseguirlo, pero alegó que yo tengo una personalidad muy fuerte y que lo intentaría en la próxima sesión.

—¿Cuándo acudirá de nuevo al psiquíatra?

—La semana próxima, Kyril.

—Por lo que veo, no hace falta la comparación de diagnósticos. Creo que el de su psiquíatra es acertado por completo, Maud.

—Lo celebro —sonrió ella—. Ahora me siento mucho más tranquila, si bien he de confesar que las pesadillas no me han desaparecido del todo.

—¿Puedo saber qué es lo que ve usted en sueños?

—Lo siento. Por más que trato de conseguirlo, me es imposible a la mañana siguiente recordar lo que he soñado. Sólo sé que paso unos momentos nada agradables, por fortuna bastante breves. Creo, durante la pesadilla, hallarme en el centro de un gran incendio o una explosión, quizá una erupción volcánica, pero no podría afirmarlo con plena seguridad.

Morán asintió.

—Lo que ve es un gran resplandor rojo y amarillo, ¿no?

—Más o menos, así es,

—Está bien. Después de la siguiente consulta, volveremos a vernos y usted me dirá el diagnóstico de su psiquíatra. Luego la examinaré yo. ¿Le parece bien, Maud?

Ella sonrió satisfecha.

—Estupendo, y creo que entre los dos acabarán por hacer desaparecer esas horribles pesadillas.

—Eso espero, pero tengo que hacerle una pregunta.

—Diga, Kyril.

—¿Todavía sigue usted con el propósito de «fabricar» la hija de Joseph Wiltmore?

Maud dejó de sonreír.

—No era un mal plan —contestó.

—Pero se trataba de una estafa.

—¡Bah! Hubiera endulzado los últimos años de la vida de un anciano. No creo que Wiltmore viva ya más de un año o dos.

—Se equivoca, Maud. Wiltmore tiene cuerda todavía para veinticinco o treinta años más.

Ella se sobresaltó.

—Pero ¿cómo es posible...?

—Ya se lo contaré otro rato —él eludió una explicación—. Ahora, déjeme que le diga que estoy muy enfadado con usted.

—¿Por qué, Kyril?

—Todavía no me ha invitado a una copa, Maud.

—¡Oh, es verdad!

La joven se puso en pie. Morán dejó el cigarrillo en un cenicero próximo. Maud cruzó la estancia, teniendo como fondo la pared de vidrio. El investigador recreó la vista con la silueta de Maud al trasluz, cada vez más complacido de la esbeltez de las líneas de su cuerpo.

Maud volvió con dos copas y tomaron unos sorbos.

—Tenemos que cenar —le recordó.

—Antes dije que se me había quitado el apetito.

—¿No se ha repuesto aún de la sorpresa? —sonrió ella.

—Todavía no.

—Tendré que vestirme como el primer día…

Morán dejó la copa a un lado.

—No te vestirás de ninguna manera —dijo.

Alargó los brazos y la atrajo hacia sí.

—¡Cuidado! —murmuró la joven, entornando los ojos—. Te vas a abrasar, Kyril.

—A veces, resulta maravilloso sentirse mariposa atraída por la llama —contestó él, hundiendo la cara en el cálido hueco del cuello y el hombro izquierdo de la joven.

Maud se estremeció levemente. Luego, sus mórbidos brazos emergieron de los velos del peinador y se enroscaron al cuello del joven.

—En ese caso, quémate —susurró, mientras le ofrecía su boca, cargada de ardientes promesas.

CAPÍTULO VIII

—Me gustaría acompañarte —manifestó Maud, mientras se arreglaba la frondosa cabellera, al día siguiente, sentada frente al espejo.

—Bueno, por mí, no hay inconveniente,

—Ahora me siento muy intrigada. Kyril, ¿qué secreto es ese que posee Ina Wiltmore?

—En primer lugar, ni yo mismo lo sé. En segundo, ¿vive todavía?

Maud se ató una cinta roja en torno al nudo de pelo que surgía de su nuca y se puso en pie.

—Es cierto —convino—. Puede que esté muerta.

—Personalmente, yo lo creo también... pero no dejaré de dar pasos hasta que tenga la certeza absoluta de su fallecimiento.

—Me extraña que Wiltmore no se hiciera «fabricar» una hija —manifestó la joven.

—En ese sentido, piensa igual que yo. Además, cuando hacen un doble de una persona desaparecida, no le confieren todos los recuerdos y vivencias que tuvo el muerto, por mucha propaganda que hagan en este sentido.

—Lo que significa que una hija reproducida no habría tenido grabado en su mente el secreto que él no quiere divulgar.

—Justamente, Maud.

—Kyril, ¿no se te ocurre a ti cuál pueda ser ese secreto?

—En absoluto. No tengo la menor idea y, además, él no quiere que lo sepa. Dijo, solamente, que se produciría una gran catástrofe y que era preciso evitarlo.

Maud sonrió, mientras metía algunas cosas en el bolso.

—No se tratará de algo capaz de hacer volar la Tierra en pedazos —dijo sonriendo—. Bien, ya estoy lista.

Morán miró a la joven, que de nuevo había vuelto a tomar su aspecto un tanto severo en la indumentaria y el peinado.

—Ahora te veo de un modo muy distinto —dijo.

Maud sonrió.

—Tienes motivos para ello —contestó maliciosamente—. ¿Vamos?

Abandonaron el piso. En la terraza, subieron al helidisco de Morán, que les llevó en pocos momentos al objetivo deseado.

Morán aterrizó en otra azotea y ayudó a la joven a apearse del vehículo. Luego se dirigieron al ascensor y bajaron seis plantas.

Salieron al corredor del piso trigesimocuarto. Morán buscó una puerta, en la que encontró un rótulo: DR. F. PENTLAND.

—Hemos llegado —murmuró.

Llamó. Nadie respondió.

—Se habrá largado —opinó ella—. Después de lo que pasó en el asteroide...

Morán insistió, con análogo resultado que la vez anterior.

—Pues yo no me quedo sin echar un vistazo a su piso —masculló.

Hurgó en sus bolsillos y sacó algo parecido a un lápiz de metal, cuyo extremo aplicó a la cerradura. Instantes después, abría la puerta.

Maud dio dos pasos en el interior del pisa. De pronto, se detuvo, a la vez que emitía un gemido de angustia.

Morán contuvo un juramento. El cuerpo del doctor Pentland yacía en el suelo, con un fino cordón en torno a su garganta.

Pentland estaba completamente desnudo. Incluso el reloj de pulsera le había desaparecido.

Moran agarró a la joven por los hombros y la hizo girar en redondo.

—No mires —aconsejó,

Maud inspiró fuertemente.

—Ya... ya se me está pasando —declaró con voz entrecortada.

Morán paseó la mirada por el departamento. Casi creía soñar.

—¿Te has dado cuenta, Maud? —preguntó.

—Sí. Han borrado todos los rastros,

—Exactamente. Han hecho desaparecer muebles, ropas, libros, utensilios...

El piso estaba totalmente vacío, como si se acabase de construir, en espera de recibir el mobiliario y los elementos de decoración.

—¿Cómo lo han hecho, Kyril? —preguntó la joven.

—Un desintegrador de campo limitado. De este modo, sólo

desaparece el objeto que se desea, con exclusión de los contiguos. Así no causaron desperfectos en las paredes, líneas de fuerza o conducciones de servicio.

—Entiendo, Kyril. Así pues, cualquier rastro o pista se ha esfumado,

—Ésa es la palabra justa: todo cuanto había en el interior del piso se ha convertido en humo.

—Menos el cuerpo de Pentland. ¿Por qué, Kyril?

—No hay más que una explicación: Se imaginaron que yo vendría y quisieron que supiera la suerte que había corrido.

—Es verdad —admitió Maud—. Pero ¿por qué lo han matado?

—Está claro, para que no dijera quién le pagó por envenenar lentamente a Wiltmore.

Sobrevino una pausa de silencio. Morán se arrodilló junto al cadáver para examinarlo con todo detenimiento,

De pronto, lanzó una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Maud.

Morán sonrió satisfecho.

—El asesino, o los asesinos, porque ignoramos si intervino más de una persona en el caso, han dejado un rastro, pese a las precauciones que tomaron. Puede que no sea una pista importante, pero merece tenerla en cuenta, Maud.

—Interesante. ¿Qué es, Kyril?

—Hubo algo de lucha. Uno de los asesinos golpeó a Pentland en el pecho. Un puñetazo bastante fuerte, quizá para derribarlo. Las huellas de los nudillos se ven todavía en la carne.

—No es mucho...

—No sería mucho, si no diese la casualidad de que falta un dedo en el puño que golpeó a Pentland, concretamente, el dedo medio.

Maud lanzó una exclamación. La curiosidad borró en ella cualquier aprensión y se volvió, para arrodillarse junto a Moran.

El índice del joven señaló la huella violácea. Era fácil advertir la falta de un dedo en la señal de los nudillos.

—Tienes razón —convino ella—. Le faltaba el dedo medio... pero, ¿dónde encontrar a ese tipo?

Morán reflexionó unos momentos.

—Tengo una idea —contestó—. Pero tú no podrás venir, Maud.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—El «Joe’s Hole» no es un lugar demasiado recomendable para ti —contestó el investigador.

* * *

Casi la primera persona a quien vio Morán al entrar en el «Joe's Hole» fue a Dotty Irtmour. Los ojos de la opulenta rubia brillaron al divisarlo.

—No esperaba verte tan pronto —dijo Dotty con acento de júbilo.

Morán la agarró por uno de sus carnosos brazos y la condujo hasta una mesa.

—Ven, tenemos que hablar —dijo. Y una vez sentados—: Pide lo que quieras —invitó.

Una camarera se acercó y Dotty pidió dos copas. Mientras les servían, ella dijo:

—Ya me enteré de que Digger apareció con una puñalada en el pecho.

—Sí, tuvo mala suerte —admitió Morán sin pestañear.

—¿Tú? —preguntó Dotty.

La camarera dejó las copas. Morán tenía los ojos fijos en la rubia.

—Trató de meterme ocho balas en el cuerpo —explicó.

—No entiendo. La pistola apareció descargada, según las informaciones...

—Tiro muy bien el cuchillo. Sólo fallo a partir de los veinte pasos.

Dotty se estremeció.

—Eres un tipo terrible —dijo.

—Únicamente con quienes tratan de perjudicarme —sonrió él—. Pero no hemos venido a hablar de un canalla felizmente eliminado. Quiero que me digas una cosa, Dotty.

—Lo que tú quieras... Oye, todavía no sé cómo te llamas.

—Morán, Kyril Morán. Dotty, aquí ves tú a bastante gente.

—Es cierto. ¿Te interesa alguien en particular?

—Un tipo. Debe ser muy fuerte... No sé si es alto o bajo, moreno o rubio, pero le falta el dedo medio de la mano derecha.

Dotty entornó los ojos.

—Karl Ufforch —dijo.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle? —preguntó.

—Suele venir aquí todos los días después de las diez de la noche —contestó Dotty—. Son las seis de la tarde; podríamos esperarle en uno de los reservados del piso superior —insinuó.

Morán sonrió.

—No es mala idea —aceptó.

Agitó la mano y la camarera se acercó a la mesa.

—¿Señor? —dijo.

Morán levantó la vista maquinalmente.

—La cuenta, por favor... ¡Sofía! —gritó de súbito.

La camarera sonrió.

—Hola, Kyril —saludó.

* * *

Dotty estaba perpleja.

—¿Cómo? ¿Se conocen ustedes?—exclamó.

—Dotty, anda, por favor, espérame arriba —pidió Morán—. Quiero hablar unos momentos con Sofía.

La rubia se encogió de hombros.

—Bueno, pero no tardes —dijo al levantarse.

Morán se puso también en pie.

—Sofía, ¿cómo es que...?

La camarera sonreía.

—Me parece que estás un poco confundido —dijo.

—Sí, ahora creo que entiendo. Tú no eres... ¿Puedo hablar con el dueño?

—Por supuesto. Ven conmigo.

Morán siguió a la joven. De pronto, la agarró por un brazo y se lo levantó un poco. Un gesto de decepción se dibujó en su rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—No te han duplicado bien —contestó Morán—. Te falta un lunar en la cara interna del brazo, a cinco centímetros del codo. Es una manchita de forma circular, de seis o siete milímetros de diámetro.

—Haré que me la pongan —contestó Sofía con indiferencia—. Ah, ahí tienes al dueño. Se llama Joe Harris.

—Gracias, Sofía. Te veré luego.

Morán se acercó al mostrador. Joe Harris estaba hablando con un individuo de aspecto no demasiado recomendable.

—Señor Harris —dijo el joven.

—¿Sí? —contestó el dueño del local.

—Soy Kyril Morán. Deseo hablar un momento con usted, por favor.

El acompañante de Harris se apartó. Los dos hombres quedaron frente a frente.

—¿De qué se trata? —preguntó el tabernero.

—Esa camarera, Sofía Solar... Se despidió de usted hace años,

—Es cierto, pero encargué una reproducción.

—Entiendo. Sofía aumentaba su clientela, ¿no?

—Cierto, aunque hay cosas que no se pueden reproducir. La nueva parece tonta.

Morán sonrió.

—Por lo visto, sólo la original atraía a la clientela.

—Así es, pero, ya que está aquí el duplicado, no voy a despedirla. Al menos, gana para amortizarme el capital que invertí en ella.

—¿Muy elevado, Harris?

—Cien mil.

Morán silbó.

—No es nada barato —calificó.

—Y eso que puse yo la materia prima —se lamentó Harris.

—¿Cómo? —respingó Morán.

—Sí. Encontré a una chica medio tirada en la calle y le propuse convertirse en Sofía Solar. Ella aceptó y yo la llevé a la clínica de reproducción de seres vivientes, donde le dieron el aspecto y hasta la mente de Sofía..., pero, aun así, la operación no salió bien. A esta Sofía le falta la viveza y la simpatía de la anterior. Por cierto, ¿qué hace ahora, señor Morán?

—Ha muerto —contestó el investigador.

Harris se quedó consternado.

—¡Qué lástima!—murmuró—. ¿Cómo fue?

—La asesinaron. Yo estoy siguiendo la pista del que pagó al asesino.

—¿En mi taberna? —se extrañó Harris.

—Sí. Lo siento, pero así es.

—Si le hace falta ayuda... —se ofreció Harris.

—Quizá —contestó Morán—. Una última pregunta, por favor.

—Usted dirá, amigo.

—¿Dónde le hicieron el duplicado de Sofía?

—En el Hotel Zhuzna. Es, posiblemente el mejor, establecimiento del género —contestó el tabernero.

CAPÍTULO IX

Karl Ufforch entró en el «Joe's Hole» y caminó parsimoniosamente hacia el mostrador. Harris estaba hablando con un conocido y, al verlo, llamó su atención con un ademán.

—Karl, te esperan en el seis —indicó.

—¿Quién? —preguntó el sujeto.

—Una dama. Dice que quiere encargarte un negocio y que te pagará bien.

Ufforch sonrió.

—¿Es guapa?

—Pasable —contestó Harris—. Anda, no la hagas aguardar.

Ufforch se dirigió contoneándose a la escalera que conducía al piso superior. Avanzó a lo largo del corredor y abrió la puerta número seis.

Apenas lo había hecho, una mano de dedos de hierro lo agarró por el cuello y lo proyectó contra la pared opuesta con tremenda violencia. Ufforch gritó al chocar contra el muro y rebotó con pasos vacilantes.

Morán cerró con el pie. Avanzó hacia el sujeto y le hizo volverse de cara, arreándole acto seguido una serie de golpes que lo dejaron aturdido aunque no sin conocimiento. Ufforch gemía sordamente, haciendo vanos esfuerzos por detener aquella lluvia de puñetazos que le llegaba de todas partes.

Un último golpe lo lanzó al suelo, incapaz ya de reaccionar. Moran se inclinó sobre él y lo levantó a pulso.

—¿Quién te pagó por asesinar al doctor Pentland? —preguntó.

Ufforch se pasó el dorso de la mano por los labios

—No sé de qué me está hablando...

Morán alargó la mano izquierda y agarró la de Ufforch.

—Golpeaste a Pentland en el pecho. Quedaron huellas y en ellas se ve claramente la falta de un dedo.

Ufforch se puso lívido.

—Pero no dejamos el menor rastro...

—Ah, conque iba otro contigo, por lo menos.

—Yo no he dicho...

Morán elevó bruscamente el codo derecho. Ufforch gritó de nuevo al recibir el impacto en la mandíbula.

—¿Quién os pagó? —preguntó.

—No lo sé. Él me buscó a mí. Me dijo que había un trabajo...

—¿Quién es «él»? —preguntó el investigador.

—Se llama Quanoss, es todo lo que puedo decirle. Yo le ayudé, pero Quanoss fue el que puso la cuerda alrededor del cuello de Pentland.

Morán frunció el ceño.

—Tengo la sensación de que Quanoss no es un hombre demasiado fuerte y por eso buscó tu ayuda —dijo.

—Sí —confesó el rufián abatidamente. Era muy fuerte, quizá más que Morán, pero había perdido la iniciativa desde el primer momento y no acertaba a reaccionar.

—Bien, dime ahora dónde vive...

—No lo sé. Me llamó por teléfono al bar y me citó en una esquina.

—Seguramente, empezó ofreciéndote una buena suma de dinero,

Ufforch asintió.

—Pero puedo darle sus señas. Es muy pequeño, regordete y calvo. Tendrá unos cincuenta años y... bueno, sólo se las vi un momento, porque siempre las lleva enguantadas, pero tiene las manos muy finas. Como de pianista o algo así, ¿comprende?

—O sea que te contrató para que sujetaras a Pentland mientras él lo estrangulaba.

—Sí—confirmó Ufforch.

—¿Volverá a verte alguna vez?

Ufforch se encogió de hombros.

—Lo ignoro —respondió.

—¿Mencionó algún nombre mientras estabais juntos?

—Bueno, cuando... cuando Pentland hubo muerto, él habló con alguien por teléfono. Me pareció oír a Hank o algo por el estilo, aunque no estoy muy seguro.

Moran hizo un gesto de asentimiento.

—Me lo figuraba —dijo—. No puede ser otro que Hank Lasz.

Y, de súbito, sin previo aviso, disparó su puño derecho.

Ufforch cayó como una masa inerte. Morán se chupó los nudillos

y se dirigió hacia la puerta.

Harris le salió al encuentro en la planta baja.

—¿Ha conseguido algo?

—Lo justo —sonrió el joven.

—Entonces ¿él tuvo que ver con la muerte de Sofía?

—Por lo menos, estaba relacionado con la banda,

Harris meneó la cabeza.

—Yo la apreciaba mucho —murmuró—. Tengo que hacer algo por ella.

Agitó la mano. Dos hombres de hercúlea planta se acercaron en el acto.

—Arriba, en el seis, está Karl Ufforch —indicó—. Dentro de cinco minutos, habrá dejado de ser cliente de esta taberna. Y de cualquier otra, ¿entendido?

Los matones asintieron en silencio. Harris miró al joven.

—¿Alguna objeción, Morán?

—Está usted en su casa, Harris —el investigador sonrió—. Despídame de Dotty, por favor.

—Lo haré con mucho gusto. ¡Suerte, Morán!

El joven salió a la calle. Apenas había dado unos pasos, oyó un fuerte golpe tras él, seguido de un gruñido de dolor y el ruido de un cuerpo al estrellarse contra el suelo.

Morán se volvió de un salto. Maud sonreía a dos pasos de distancia.

Entre los dos, yacía el cuerpo de un hombre. Maud guardó en el bolso una matraca de plomo,

—Quería atacarte —dijo,

—Gracias por una intervención tan oportuna —sonrió él—. ¿Qué hacías aquí?

—Esperarte —contestó Maud—. Se me ocurrió que podrías haber venido a esta taberna y acerté. ¿Has sabido algo interesante?

Un ronco grito salió de una de las ventanas del piso superior. Maud se estremeció.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Uno de los asesinos de Pentland acaba de borrado del censo de los vivos —contestó él, impasible.

—¿Queda alguno más con vida?

—Sí, pero vámonos ya de aquí, Maud.

—¿No quieres hablar con éste? —Ella señaló el tipo caído en la acera.

Morán hizo un signo negativo.

—Tengo mejores pistas —contestó—. Además, estoy cansado.

Maud se colgó de su brazo.

—Ven conmigo —invitó—. Yo me ocuparé de tu descanso.

* * *

—Una de las cosas que más me intriga es el secreto que Ina Wiltmore tiene grabado en su mente —dijo el joven.

—¿La catástrofe que se producirá si ella no lo revela antes del día de su cumpleaños? —preguntó Maud, mientras se cepillaba cuidadosamente el pelo.

—Sí, en efecto.

—¿Qué clase de catástrofe? ¿Incendio, explosión, inundación?

Morán se encogió de hombros, mientras encendía un cigarrillo.

—No tengo la menor idea —contestó.

—Ella lo tiene grabado en el subconsciente, ¿no es así?

—Exacto.

—Y lo hará público el día de su cumpleaños.

—Dentro de dos semanas —corroboró Morán.

—Hay que encontrarla, desde luego. —Maud se mordió los labios—. Pero ¿y si estuviera muerta?

—Wiltmore se llevaría una gran decepción.

—¿Nada más?

—Maud, tengo la cabeza atontada a fuerza de pensar...

—Si no piensas, no harás nada —atajó ella—. Hay que buscar a Ina, Kyril.

—Eso ya lo sé, pero parece como si hubiera alguien empeñado en que no aparezca.

—¿Obtendría algún beneficio, en tal caso?

—Seguramente. Lo único que sé es que la investigación se hace cada vez más difícil, Maud.

—Empieza por Hank Lasz. Quizá así consigas algún resultado.

—Pudiera resultar interesante, en efecto. ¿Qué vas a hacer tú mientras tanto?

Maud suspendió el tocado, para mirarle a través del espejo.

—Acompañarte, por supuesto —respondió.

Morán se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Me he preguntado, y todavía no sé explicármelo, qué clase de interés puedes tener tú en Ina Wiltmore —dijo.

—Veinticinco millones, ya lo sabes —contestó ella.

—¿Crees que Wiltmore dará esa suma por su hija?

—Y el doble que le pidieses —contestó Maud con una risita—. Sin pestañear, además.

—Maud, creo que hay un malentendido entre los dos. Cobro honorarios muy altos, pero no saqueo la caja de mi cliente, ¿comprendes?

—Wiltmore es muy rico...

—Y yo bastante honrado, al menos para ciertas cosas —atajó él secamente—. Trata de entender lo que acabo de decirte.

Bruscamente, agarró el pelo de la joven y se lo despeinó de varios manotazos. Maud chilló, furiosa, pero él se dirigía ya hacia la puerta.

—¡Kyril!—gritó la joven—. Aguárdame...

Cuando llegó a la puerta, sólo pudo oír el ruido de la llave que giraba en la cerradura por la parte exterior. Llena de rabia, Maud aporreó la madera con los puños, pero no recibió la menor respuesta.

* * *

Hank Lasz no estaba en casa, al menos, eso fue lo que dedujo Moran después de varias e infructuosas llamadas. Pero la ausencia del individuo no le arredró en absoluto y, poco después, entraba en el piso.

Era un apartamiento caro, aunque nada fuera de lo comente en su clase. Moran se dedicó a un tenaz registro de todas las habitaciones, sin olvidar siquiera una pequeña biblioteca que había en el gabinete de trabajo.

El tiempo se le pasó volando, de modo que, cuando se dio cuenta, habían transcurrido ya tres horas. Morán se sintió desanimado al no haber encontrado nada.

De pronto, en una vieja agenda de notas olvidada en el fondo de un cajón, encontró un nombre y una dirección. El nombre era el de

un tal profesor Bern Wazlov, cuyas señas se indicaban a continuación.

Moran se mordió los labios. ¿Dónde había oído el nombre de Wazlov?

No tardó en recordarlo. Wiltmore le había facilitado los nombres de cuantas personas conocía en la época de la desaparición de Ina, Wazlov, psicólogo infantil, era uno de los nombres mencionados.

Sin vacilar, arrancó la hoja y se la guardó en el bolsillo. Podía resultar interesante hablar con Wazlov.

CAPÍTULO X

Ben Wazlov era un sujeto de unos sesenta años, vestido con cierto atildamiento, aunque de pelos revueltos y mirada un tanto vaga que le confería el aspecto de un sabio distraído. Cuando Moran le anunció sus deseos de sostener una entrevista con él, le miró con extrañeza,

—¿Para qué? —preguntó—. No tengo nada interesante que decir a la prensa...

—No soy periodista, profesor —corrigió Moran—. Estoy realizando una entrevista por encargo de un cliente mío y deseo formularle algunas preguntas. Por supuesto, todo lo que usted me diga será considerado como estrictamente confidencial. Incluso estoy dispuesto a compensarle económicamente las molestias que le origine.

Wazlov levantó una mano.

—Por favor —dijo en tono benevolente—. Entre, tenga la bondad.

Morán cruzó el umbral y se sentó en un sillón. Wazlov lo hizo enfrente de él.

—¿Y bien? —dijo el psicólogo.

—Se trata de algo que ocurrió hace algunos años, bastantes, mejor dicho. Usted, como psicólogo infantil, tuvo en tratamiento a una niña llamada Ina Wiltmore,

Wazlov levantó un ojo al techo.

—Ina Wiltmore... —repitió—. Sí, creo recordar... ¡Pero hace ya tanto tiempo de eso!

—Veintidós años, profesor —puntualizó Morán,

—¡Caramba, sí que es tiempo! Temo, señor Morán, que no pueda decirle nada, sin consultar mis archivos. Aguarde un momento, por favor.

—Con mucho gusto, profesor.

Wazlov se levantó y entró en una habitación contigua. Moran sintió de pronto cierta extrañeza.

Un hombre como Wiltmore no era un cliente corriente.

Ciertamente, había transcurrido mucho tiempo, pero no para que Wazlov hubiese olvidado el tratamiento suministrado a una niña, por el cual debía de haber percibido una minuta fantástica, Claro que, por otra parte, ¡habían pasado tantos niños por las manos del psicólogo desde entonces!

Wazlov regresó a los pocos momentos con un viejo libro en las manos,

—Aquí está —dijo. Y leyó —: Wiltmore, Ina, Hija de Joseph y Henrietta. Edad, cuatro años. Dolencia: pesadillas. Tratamiento: ligera hipnosis. Duración del tratamiento: Cuatro semanas, a dos sesiones semanales. Resultados: satisfactorios.

Wazlov miró a su visitante por encima de los lentes.

—Eso es todo, señor Morán —añadió sonriendo—. Omito, como es lógico, las cifras de la minuta de honorarios.

—Comprendo, profesor. —Morán se puso en pie—. Gracias por todo y… ¿Qué le debo, por favor?

—Amigo mío, ha sido un placer satisfacer su curiosidad —sonrió el psicólogo.

—Mil gracias, profesor.

Morán se dirigió hacia la puerta y la abrió. Simuló cerrar, pero no lo hizo por completo, dejando una estrechísima rendija. Sentía la impresión de que Wazlov se iba a comunicar con alguien a no tardar mucho.

Aguardó unos momentos. Casi en seguida, oyó la voz de Wazlov.

—¿Haia? Cuidado… Sí, soy Bern. Repito, cuidado. Es probable que alguien vaya a visitarte… Ha estado preguntándome por Ina… Tenlo presente cuando ese tipo acuda a tu casa… De acuerdo, Haia. Ah, lamento mucho lo de la pobre Rosa. Fue una lástima… Gracias, Haia, hasta la vista… Sí, claro, me pondré en contacto con Lasz en cuanto pueda.

Morán se alejó de puntillas, con la sonrisa en los labios. Su ardid había dado un buen resultado.

Haia… ¿quién era? Alguien relacionado con una tal Rosa… que no podía ser otra que Rosa Fortes. ¿Hermana de la muerta? «Será cosa de hablar con esa tal Haia», se dijo.

Un extremo resultaba ser cierto: Tanto Wazlov como la desconocida Haia tenían alguna relación con Hank Lasz.

Tenía que hablar con Lasz, pero antes buscaría a Haia.

* * *

Una consulta hecha en una cabina pública al servicio de Información corroboró sus sospechas. El apellido de Haia era Fortes, el mismo que el de la traidora ama de llaves del billonario.

La información incluía también la dirección de Haia, por lo que Morán tomó un helitaxi, que le resultaría más cómodo que su propio vehículo. Media hora más tarde, un ascensor le dejaba en el pasillo del piso correspondiente al piso donde vivía Haia Fortes.

Llamó a la puerta. Su sorpresa fue grande al verse ante una mujer de unos sesenta años, de pelo completamente blanco y recogido en la nuca. Sin embargo, la figura y aun la cara recordaban extraordinariamente a la difunta ama de llaves.

—¿Señora Fortes? —saludó el joven.

—Sí —contestó Haia con voz cortante

—Me llamo Kyril Morán. Deseo hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—Está bien, pase.

Morán apreció la severidad del color en el vestido de la mujer. No era luto riguroso, pero casi lo parecía.

—Usted dirá, señor Morán —habló Haia.

—Deseo saber una cosa, señora. ¿Cuál era su parentesco con Rosa Fortes?

Haia apretó los labios.

—Era mi hija —contestó con voz sorda.

—Lo lamento, señora —dijo el investigador—. Fue algo enteramente fortuito.

—Fortuito o no, el caso es que ella está ahora muerta, señor Morán.

—Insisto en que lo lamento muchísimo, pero no me considero culpable de lo ocurrido. Comprendo su pena, señora, y no quisiera aumentarla con detalles enojosos, Sólo quiero que me hable de Ina Wiltmore.

—No sé nada. Desapareció cuando tenía cuatro años.

Morán sospechó una cosa y quiso comprobarlo,

—¿Trabajaba usted para Wiltmore? —preguntó,

—Sí, yo era la niñera de Ina. Después me convertí en ama de

llaves. Más tarde, mi hija se quedó viuda y ocupó mi puesto. Yo ya me sentía cansada y Wiltmore me fijó una pensión de retiro.

—De modo que usted era la niñera de Ina cuando la trató el profesor Wazlov.

—Efectivamente.

—Ina tenía pesadillas. ¿Puede decirme qué le pasaba, exactamente? A veces, una niñera sabe más que los propios padres acerca del niño encomendado a su custodia.

—La chiquilla tenía una imaginación demasiado viva y despierta. Era sumamente nerviosa y excitable y el médico aconsejó un tratamiento psicológico. El profesor Wazlov se lo aplicó y e Ina mejoró considerablemente, pero a las pocas semanas, fue secuestrada y nunca más se supo de ella,

—Es curioso. Creo que no pidieron rescate por la niña.

—Así es, pero ya no le puedo dar más informes, señor Morán,

—Ha sido usted muy amable, señora —sonrió el joven—. Créame, lamento infinito lo que le pasó a Rosa...

—Usted la mató, ¿no es así?

Morán se puso rígido.

—Sólo quise desarmarla, pero el arma, infortunadamente, se disparó —contestó—. Ella quería matarme a mí.

—Posiblemente, tenía razón —dijo Haia con fingido acento de tranquilidad.

Lentamente, se volvió hacia una mesa. Morán creyó que se iba a echar a llorar, pero estaba equivocado.

Haia se volvió de pronto, con una pistola en la mano.

—Lo que Rosa empezó, yo lo acabaré —dijo con voz cortante.

* * *

Moran contuvo la respiración. En segundo y medio, aquella pistola podía lanzar ocho balas de nueve milímetros de calibre. Haia estaba a cuatro o cinco pasos de distancia, de modo que no podía soñar en saltar sobre ella para arrebatarle el arma.

Los ojos de Haia brillaban con furia demencial. Morán pensó en distraer su atención.

—Empiezo a pensar una cosa, señora Fortes —dijo.

—¿Sí? Hable, pronto; le quedan segundos de vida.

—Usted estaba en connivencia con el profesor Wazlov y suministró una droga a Ina, que le causó artificialmente la enfermedad psíquica mencionada. Luego el profesor la sometió a hipnosis, pero, además de curarla, grabó un mensaje en el subconsciente de la niña. ¿Cuál es ese mensaje?

—No lo sé, ni me importa, ni se lo diría aunque lo supiera —contestó la mujer.

—La pagaron y eso fue suficiente, ¿no?

—En efecto. No era nada malo para Ina, de modo, que, ¿por qué no ganarme un dinero extra?

—¿Tan tacaño era Wiltmore con los sueldos de sus empleados?

Haia apretó los labios. Morán creyó comprender la verdad.

—Hace veintidós años, usted tenía cuarenta y tres...

—Cuarenta —corrigió ella orgullosamente.

—Debía de ser todavía muy guapa. Alguien la convenció para suministrar la droga a la niña y lo hizo con bellas palabras de amor, ¿no es cierto?

La mano de Haia se crispó sobre la culata del arma.

—¡Cállese, cállese! —gritó—. No fue ningún hombre…

—Sí, un hombre la persuadió a usted, sin gastarse un sólo centésimo de «garant». Dígame su nombre, porque, por culpa de él, a los veintidós años, ha muerto su hija. ¿O es que convenció a Rosa ahora con los mismos argumentos que convenció a la madre hace veintidós años?

Los ojos de Haia se llenaron de lágrimas. Morán observó satisfecho que su mano había perdido ahora firmeza.

Sus suposiciones eran ciertas. Ya sólo faltaba conocer el nombre del individuo.

—Vamos, señora, diga su nombre —pidió en tono un tanto enérgico.

La pistola apuntó al suelo.

—Sí —admitió Haia—. Él me convenció a mí para que drogase a la niña y ahora, veintidós años más tarde, hizo enloquecer también a Rosa...

—Su nombre, señora.

—Era... Mejor dicho, es...

Haia no pudo seguir. La puerta se abrió bruscamente y una pistola vomitó ocho balas contra el cuerpo de la mujer.

Se oyó un grito ahogado. Morán se lanzó al suelo, mientras Haia era catapultada contra la mesa por la fuerza de los impactos.

El desconocido sacó otra pistola, pero Morán ya estaba prevenido y tenía en la mano su navaja. Por segunda vez en pocos días, tuvo ocasión de demostrar sus habilidades en el lanzamiento del cuchillo.

El asesino pareció sorprenderse por el insólito contraataque. Olvidándose de la pistola, trató de asir el mango de la navaja con ambas manos, pero las fuerzas le fallaron repentinamente y se desplomó de bruces, a cuatro pasos de su víctima.

Morán se puso en pie, sudando a chorros. Una mirada al cuerpo de Haia Fortes le convenció de que el asesino había conseguido su objetivo: silenciar a su víctima.

CAPÍTULO XI

—De modo que Haia era madre de Rose Fortes —dijo Maud.

—Sí. Alguien la convenció para que drogase a la niña; y luego, el profesor ejecutó el tratamiento de curación.

—¿Qué ha dicho Wazlov?

—¿Antes o después de la muerte de Haia? —consultó Morán.

—Después, hombre. Ya me has dicho lo que dijo antes.

—Después de la muerte de Haia ya no me ha podido decir nada.

—¿Por qué? —se extrañó Maud.

—Muy sencillo: está muerto.

Maud se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Elemental —contestó él—. Fui a verle y...

—¿Y...?

—El asesino dejó sus ocho tarjetas de visita de plomo en el pecho de Wazlov.

Ella cerró los ojos un momento, horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—Necesito una copa —dijo, con voz débil.

—Ni hablar —denegó Morán—. Tengo que hipnotizarte.

Maud pegó un respingo.

—¿Qué has dicho, Kyril?

—Ya lo has oído: voy a hipnotizarte. Como puedes comprender, no quiero que el alcohol llegue a tu cerebro. Después, te premiaré con un buen trago. Anda, siéntate en aquel sillón y empieza a relajarte muscular y psíquicamente.

La joven obedeció.

—De modo que para eso me has traído a tu casa —dijo.

—Sí.

Morán le había relatado todo durante el trayecto, después de haberla rescatado en su propio apartamiento. Ahora estaba muy ocupado trabajando en unos aparatos que había situado sobre una mesita auxiliar.

—Así que me vas a hipnotizar —dijo ella.

—Sí. Tú acudiste a un psiquíatra y dijiste que querías comparar sus diagnósticos con el mío. No puedo hacerlo sin haberte hipnotizado.

—Entiendo, Kyril.

—Pero hay otra razón más todavía, Maud.

—¿Cuál es, por favor?

Morán clavó sus ojos en el bello rostro de Maud.

—Muy sencillo: sospecho que eres Ina Wiltmore —contestó.

Ella dejó escapar un hondo gemido.

—Oh… ¿Yo? Pero…, si siempre…

—Me hablaste de pesadillas, con fuego, llamas, erupciones y demás. Ina conoce un terrible secreto, que puede producir una espantosa catástrofe. Tú tienes su edad, aproximadamente.

—Pero las fechas de cumpleaños no coinciden —alegó Maud.

—Si resultas ser Ina Wiltmore, la fecha en que ahora celebras tu cumpleaños será falsa. Y basta ya, que vamos a empezar. Relájate y mira aquí, ¿entendido?

—Sí, Kyril.

Morán presionó una tecla y la habitación quedó casi a oscuras, solamente con una lámpara que proporcionaba un resplandor de color rojo muy intenso, pero, al tener poca potencia lumínica, resultaba una penumbra escarlata, que confería a la estancia un ambiente tétrico.

Delante de Maud se encendió un proyector. Un gran disco empezó a girar a pequeña velocidad.

El disco medía unos cuarenta centímetros y tenía una serie de orificios circulares, que seguían un trazado en espiral, a través de los cuales pasaba la luz blanco azulada del reflector, que no deslumbraba a las retinas. A Maud le pareció que se sumergía en un pozo del que brotaban infinidad de minúsculas centellas.

—No cierres los ojos —dijo Morán en tono persuasivo, situado tras la máquina—. Contempla el reflector… Míralo fijamente… fijamente…

El disco aumentó la velocidad de giro poco a poco. A Maud le recordaba un estroboscopio, pero con unos destellos muy distintos.

—Descansa, relájate… Relájate… Empiezas a dormirte… Deja tu mente sin defensas… No defiendas tu cerebro… Duerme, duerme…

La espiral giraba cada vez más rápidamente. A Maud le pareció

que aquellos veloces centelleos la atraían hacia el pozo de luz y cuando iba a hundirse en su seno, todo desapareció ante ella,

—¿Estás dormida, Maud? —preguntó Morán.

—Sí —contestó la joven en forma maquinal.

* * *

Morán paró la máquina, dejando que la estancia siguiera sumida en la penumbra rojiza. Seguro de sí mismo, dijo:

—Tú eres Ina Wiltmore.

—No —contestó ella—. Soy Maud Ark.

—Insisto, eres Ina Wiltmore.

—Si tú lo ordenas…

Morán se mordió los labios. Conocía la técnica de la hipnosis y sabía que la mente de Maud había sido liberada completamente de toda inhibición.

Por tanto, si negaba ser Ina Wiltmore, decía la verdad.

—Está bien, eres Maud Ark —habló de nuevo—. Pero ¿de dónde te han venido esas pesadillas donde ves llamas y explosiones?

—No las he visto yo.

—¿Cómo? ¿Quién ha tenido esas pesadillas?

—Una antigua amiga mía.

—Su nombre.

—Gloria Day.

Morán anotó el nombre mentalmente.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No lo sé. Hace años que no la veo.

—De modo que era Gloria la que tenía las pesadillas.

—Sí.

—Cuéntame todo lo que sepas, Maud. No omitas detalle.

—Gloria y yo teníamos la misma habitación en la Universidad. Ella, a veces, soñaba en voz alta. Algunas veces eran pesadillas violentas. Me despertaba. Una noche, sobre todo, creí que iba a enloquecer. Gritaba como una posesa. Hablaba de una gran catástrofe, llamas, fuego, millones de personas muertas…

Morán se acercó a la joven, sacó un pañuelo y le enjugó el abundante sudor que cubría su frente.

—Sigue, Maud —indicó.

—Es... casi no puedo recordar ya más... Gloria dijo que eso tardaría aún en suceder... Algunos años, no recuerdo bien... Yo trataba de calmarla...

—Esfuérzate por recordar —pidió Morán—. ¿Cuántos años tardaría en suceder esa catástrofe?

Maud guardó silencio unos momentos. Al fin, dijo:

—El día de su cumpleaños, Kyril.

* * *

Maud abrió los ojos. Sentíase muy fatigada.

Morán se acercó a ella, con una taza humeante en las manos,

—Bebe —aconsejó—. Te reconfortará.

—¿Qué es?

—Café con coñac.

Maud tomó unos sorbos. Los colores retornaron lentamente a sus mejillas.

—¿Qué tal resulto como paciente? —inquirió, sonriendo.

—Magnífica—contestó él—. Has dicho lo que yo quería saber.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de Gloria Day?

—Sí, claro... Estudiamos juntas.

—Ella era la que tenía las pesadillas —manifestó Moran—. Lo que pasa es que, después, es decir, hace algunas semanas, las has tenido tú por lo que podríamos llamar un acondicionamiento reflejo de tu subconsciente.

—Entiendo —dijo Maud pensativamente—. De modo que Gloria era la de las pesadillas.

—Sí.

—Kyril, ¿cómo es que no he sabido yo verlo antes? —preguntó la joven.

—¿Te acordabas siquiera de Gloria?

—A decir verdad, no; ni siquiera se me ocurrió relacionar mis sueños con aquella época. Fue hace más de cinco años, Kyril.

—Eso lo explica lodo. Tú ya no le diste la menor importancia, sobre todo teniendo en cuenta que no te has vuelto a relacionar con Gloria.

—En efecto, así es. Desapareció misteriosamente a los pocos días

de aquellos hechos.

Moran hizo un signo de asentimiento.

—Y yo he tenido que bucear en tu subconsciente para llegar a la verdad, mejor que tu psiquíatra, pero no me ufano de ello, porque tu psiquíatra no estaba en antecedentes de lo que pasa.

—Es cierto —admitió Maud—. Ahora, dime, ¿qué conclusiones has sacado de todo esto?

—Una, muy importante, Maud: Gloria Day es Ina Wiltmore.

Sobrevino una pausa de silencio. Maud se levantó despacio y se atusó el pelo.

—Voy un momento al baño: necesito retocarme un poco —dijo.

—Muy bien.

Morán encendió un cigarrillo y aguardó a la joven. Maud reapareció minutos más tarde, con la sonrisa en los labios y aspecto de hallarse fresca y descansada.

—Me encuentro mucho mejor —manifestó.

—No te someteré más a hipnosis; resulta enervante y tú no tienes necesidad de curar ninguna perturbación mental. De todas formas, ha resultado un experimento lleno de interés.

—Sobre todo, por el resultado —sonrió Maud—. Ahora lo recuerdo todo perfectamente. Claro que entonces, ¿cómo iba a suponer yo que Gloria no era la que decía ser?

—Entonces no habías oído hablar de Ina Wiltmore ni, quizá, tenías la intención de hacerte pasar por ella.

Maud enrojeció vivamente.

—Por favor, no me lo recuerdes —pidió.

—Está bien, dejemos eso a un lado. Ahora, concentrémonos en hallar a Gloria Day.

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Han pasado cinco años largos y nunca he vuelto a saber de ella —dijo.

—Hay una Oficina Central de Personas Desaparecidas —alegó Morán, mientras se acercaba al fonovisor.

Pidió información sobre el número de la oficina mencionada y luego acerca de Gloria Day, añadiendo algunos datos personales que Maud le facilitó. A decenas de kilómetros, un completísimo cerebro electrónico empezó a trabajar en la consulta.

Minutos más tarde, tenían la respuesta:

—Soliciten información al Centro de Personalidades, cifra OR-7Y-89170...

Maud y el investigador se quedaron con la boca abierta.

—¿Centro de Cambio de Personalidades? —repitió ella.

Moran reaccionó en seguida.

Tecleó la cifra de llamada y esperó una voz le respondió automáticamente:

—Diga el nombre de la persona cuya personalidad desea conocer.

—Gloría Day —declaró Morán.

Pasaron algunos minutos.

—Fue internada el día doce de mayo de este año en el Hotel Zhuzna —respondió la informadora mecánica—. No se puede transmitir la personalidad actual, porque todavía no han remitido la ficha correspondiente de la entidad mencionada.

Morán cerró el contacto.

—De modo que a Gloria la cambiaron de personalidad, pero no se sabe todavía cuál es su nueva identidad.

—¿Estará aún en el Hotel? —dijo Maud excitadamente.

—Quizá. El cambio de personalidad no se hace de la noche a la mañana.

Morán reflexionó unos momentos. De pronto, Maud se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, asombrado.

—Resultaría curioso —dijo Maud, sin dejar de reír—. ¿Recuerdas la fotografía que te enseñé el primer día que nos conocimos?

—Sí, claro.

—Era la de Gloria Day. Yo quería hacerla pasar por Ina Wiltmore... ¡Y ahora resulta que ella es Ina Wiltmore!

—La cara no importa mucho, a fin de cuentas, pero, si hay tiempo todavía, evitaremos que le cambien la personalidad —dijo Morán ceñudamente.

—Y, además, hay que darse mucha prisa, Kyril. Sólo faltan nueve días ya para el cumpleaños de Ina y es preciso evitar que revele públicamente el secreto grabado en su subconsciente.

CAPÍTULO XII

Morán llamó a la puerta y aguardó unos momentos.

Estaba solo. A pesar de la insistencia de Maud, no había querido que ella le acompañase.

Trataba de evitar que la muchacha corriese riesgos innecesarios. Lasz era un hombre peligroso.

La puerta se abrió. Hank Lasz le miró sonriendo.

—A decir verdad, ya desconfiaba de que viniese a verme, señor Morán —dijo.

—Estuve aquí en otra ocasión, sólo que usted se hallaba ausente —respondió el investigador.

—No lo sabía —confesó Lasz—. ¿Quiere beber algo?

—Gracias, no tengo sed.

—Espero que no le importe que yo me sirva una copa.

—Por favor, está usted en su casa.

—Gracias, amigo mío.

La conversación era aparentemente cortés, pero las frases se cruzaban con centelleo de espadas antiguas. Lasz llenó una copa y se volvió hacia su visitante.

—¿Encontró algo de interés durante su visita anterior? —preguntó.

—Sí, la dirección del profesor Wazlov.

—¡Oh, ha sido una lástima! Un psicólogo tan competente... ¡Pobre hombre!

—Sí, fue un accidente realmente lamentable. Como el de la señora Fortes.

—A eso no se le podría llamar accidente, ¿verdad? —dijo Lasz, sonriendo.

—La pistola se le disparó al asesino involuntariamente. Como a mí el cuchillo.

Lasz entornó los ojos.

—Una forma muy anticuada de combatir al enemigo —calificó.

—Pero efectiva. Y, sobre todo, sorprendente. El adversario espera una pistola, un telefusil, un desintegrador... Se sorprende

mucho cuando ve que le tiran un cuchillo.

—Me imagino que sí —convino Lasz amablemente—. Y, dígame, ¿a qué ha venido, amigo Morán?

—¿Por qué no me llama enemigo y así puntualizaría nuestras relaciones?

Lasz soltó una corta carcajada.

—Tiene usted razón —contestó—. Mi querido enemigo Kyril Morán. Seguramente viene a hacerme muchas preguntas.

—Bastantes —admitió Morán—. Sobre todo una: ¿Por qué no quieren que yo encuentre a Ina Wiltmore?

—¿Quiere una respuesta sincera?

—Se lo agradeceré,

—La respuesta se condensa en una sola palabra: dinero.

—¿Mucho?

—Billones.

Morán silbó.

—Eso explica bastantes cosas... como, por ejemplo, el tratamiento del doctor Pentland.

—Que usted frustró, por desgracia para nosotros.

—Y para el doctor Pentland, Rosa y Haia Fortes y el profesor Wazlov... pero, sobre todo, para una muchacha a la cual yo apreciaba enormemente.

—Lamentamos infinito el accidente de Sofía Garvy —dijo Lasz —. Nada más lejos de nuestro ánimo que la intención de causarle el menor daño, pero ocurrió así y ya no se puede remediar.

—Digger pagó su crimen, pero no así quien compró su puntería con el telefusil.

Lasz sonrió.

—Lo malo para usted es que no va a poder cobrarse conmigo —dijo.

—¿De veras lo cree así, Lasz?

—Estoy seguro de ello, Morán.

—Antes, en algunas de sus respuestas, habló en plural —recordó el investigador—. ¿Debo imaginar que un tal doctor Quanoss y otro doctor Zhuzna colaboran con usted en este asunto?

—Así es —admitió Lasz—. Somos tres socios y esperamos repartirnos por igual los beneficios de la operación.

—¿Que consistirá en...?

—Primeramente, eliminar a Wiltmore. Después, reaparecerá Ina Wiltmore quien, lógicamente, será reconocida heredera de su difunto padre.

—Dos billones —dijo Morán, impasible.

Lasz hizo un gesto afirmativo.

—Más el secreto que ella posee y que reportará, por lo menos, otro tanto —añadió.

—¿Antes o después de la catástrofe?

—Después, naturalmente.

—Morirán millones de personas.

Lasz se encogió de hombros.

—Somos tantos en el Sistema Solar... —contestó con indiferencia.

—Cierto. Pero, dígame, ¿conoce usted el secreto que Ina guarda en su subconsciente?

—En líneas generales, sí, aunque no con detalle. No obstante, ella lo revelará voluntariamente el día de su cumpleaños.

—Y ustedes tres estarán aguardando con el saco abierto para llenarlo de dinero,

—Exactamente.

—Eso es estupendo —sonrió Morán—. Pero ¿lo llevarán a cabo?

—Usted, sin duda, se refiere al obstáculo que representa para nosotros.

—Sí, en efecto.

—Lo siento, pero ya no es obstáculo —dijo Lasz.

La copa que Lasz tenía en la mano voló hacia la cara del joven. Morán dio un paso atrás, pero no pudo evitar que parte del líquido le rociase la cara.

Una enorme debilidad le acometió instantáneamente. Trató de sacar la navaja, pero no tenía fuerzas siquiera para meter la mano en el bolsillo.

Empezó a caer. Lasz sonreía, sonreía... A Morán le pareció que aquella boca era la de un animal antediluviano que se disponía a devorarlo. Luego, todo se hizo negro para él.

* * *

Kyril Morán abrió los ojos y le pareció hallarse en el seno de un

torbellino de cambiantes colores, que le envolvían con millares de ondas de vivísimos centelleos. Pero no era sino una sensación subjetiva, que fue desapareciendo con gradual rapidez.

A los pocos momentos, se sintió mejor y recobró la estabilidad mental. Entonces se dio cuenta de que estaba en una cama, que no era precisamente la suya.

Saltó al suelo, notando que estaba vestido únicamente con un simple pantalón corto. El suelo estaba alfombrado en su totalidad y los pies agradecían el contacto cálido y suave.

Había una ventana, pero el cristal, lo advirtió Moran muy pronto, era irrompible por otra cosa que no fuese una bala de cañón. Al lado del dormitorio había un pequeño cuarto de baño, sin otro hueco que la puerta de acceso.

La del dormitorio era asimismo de gruesa plancha de metal y no tenía cerradura por su parte interior, Morán torció el gesto.

Que estaba prisionero, podía deducirse con facilidad. Dónde, era ya otra cuestión.

El cristal dejaba pasar la luz, pero era opaco y no podía, por tanto, ver lo que había al otro lado. No obstante, creyó hallarse en un lugar relativamente elevado, cuatro o cinco pisos, a juzgar por unas tenues sombras que se entreveían al otro lado del vidrio y que parecían ser copas de árboles.

«Un edificio rodeado de jardín», pensó. ¿Qué clase de edificio podía ser?

El Hotel Zhuzna, seguramente. Pero ¿para qué diablos lo habían llevado allí?

La puerta se abrió de repente. Morán volvió la cabeza,

Lasz apareció en la puerta, seguido de dos hombres muy dispares en lo físico, aunque de edad aproximada, unos cincuenta años. Uno de ellos era altísimo y delgado y el otro parecía una esfera con piernas.

—¿Qué tal? —saludó Lasz amablemente—. Amigo Morán, tengo el gusto de presentarles a los doctores Zhuzna, propietario del hotel que lleva su nombre, y Quanoss, jefe de cirujanos.

Zhuzna era alto y tenía una nariz ganchuda que le daba todo el aspecto de un pájaro de presa, Quanoss era el bajito y obeso, y en su mofletudo rostro aparecía una sonrisa casi beatífica.

—No puedo decir que sea un placer conocer a tan distinguidos

especímenes de la clase médica —contestó el investigador sin alterarse—. Imagino que cuando me han traído aquí es porque quieren cambiar mi personalidad —añadió.

Lasz hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto —confirmó—. Cambiaremos su personalidad, no sólo en lo físico, sino en lo mental, por supuesto. Pero, créame, cuando se mire al espejo, una vez hecho el cambio, tendrá que agradecemos toda la vida los desvelos que hayamos hecho en su favor.

—¿Sí? ¡Qué enternecedor! —comentó el prisionero con cáustico acento—. Y ¿cuál va a ser mi nueva personalidad? Si es que se puede saber, claro.

—Se puede —respondió Lasz—. Cuando hayamos terminado ese proceso de cambio de personalidad física y mental, usted será Joseph E. Wiltmore.

CAPÍTULO XIII

Morán no había aparecido todavía y Maud empezó a sentir aprensiones por su suerte.

Cuando la tardanza aumentó, fue a casa de Lasz, encontrando el piso vacío. Más preocupada todavía, se preguntó si se le habría ocurrido ir al «Joe's Hole».

Maud se dirigió, pues, a la taberna, a la que llegó a las diez de la noche. Para no llamar demasiado la atención, se había vestido unas ropas más bien corrientes, poniéndose las gafas que tanto cambiaban su rostro.

Se acercó al mostrador. Una «barmaid» le preguntó qué deseaba beber. Maud pidió un doble de whisky. Joe Harris, el dueño, charlaba con unos amigos.

Al poco rato, Joe se quedó solo. Ella le hizo unas señas.

Joe se situó frente a ella, acodándose en el mostrador.

—¿En qué puedo servirle, señora? —preguntó.

—Señorita —puntualizó ella—. Soy Maud Ark. Deseo que me diga si ha visto esta noche al señor Morán.

—Lo siento, señorita Ark. No ha venido en todo el día.

Maud hizo un gesto de contrariedad.

—Gracias —murmuró—. Esperaré. Puede que venga de todas formas. Haga que me lleven la copa a aquella mesa, por favor.

—Sí, señorita.

Maud se sentó, cruzó las piernas y sacó tabaco. Un hombre joven, sumamente alto y corpulento, pelirrojo y de cara aniñada, entró en la taberna en aquel momento.

Parecía un astronauta con permiso, se dijo Maud. El pelirrojo era muy atractivo.

Una camarera de ondulantes caderas se acercó en el acto al recién llegado, contemplándole con expresión de arrobo. Maud, atónita, reconoció a Sofía Solar, la fallecida amiga de Morán,

Claro que era una reproducción, aunque hecha con absoluta fidelidad. Sin embargo, la Sofía reproducida, estimó, carecía de la viveza de la muerta, pero esto no parecía importar demasiado al

recién llegado.

Los dos jóvenes se tomaron de las manos unos momentos. Luego, el pelirrojo señaló una mesa y Sofía asintió, separándose ambos unos momentos.

Maud miró a Joe. El dueño de la taberna hizo un gesto de resignación, como diciendo que pronto se iba a quedar sin la segunda Sofía. Maud sonrió.

Sofía pidió algo y lo puso en una bandeja, dirigiéndose hacia la mesa ocupada por el pelirrojo. De pronto, un sujeto beodo la salió al paso, agarrándola por el brazo.

La bandeja y los vasos cayeron al suelo, cosa que no pareció importar mucho al ebrio, quien, sin perder más tiempo, intentó abrazar a Sofía.

Ella gritó. El pelirrojo se puso en pie de un salto, se acercó al borracho y le tocó en un hombro.

El borracho se volvió furioso, sólo para recibir un terrible derechazo en la mandíbula que, después de levantarlo en vilo un par de palmos, lo arrojó contra una mesa, que se deshizo en astillas con su impacto.

Los ocupantes de la mesa, al parecer, eran amigos del beodo, porque se lanzaron en el acto contra el pelirrojo. Pasmada de asombro, Maud contempló una desaforada pelea, que se resolvió en pocos minutos por cuatro nuevos «knock-out».

Acto seguido, el pelirrojo dijo algo a Sofía. Ella, muy pálida, asintió y se dirigió al piso superior.

Maud vio que el pelirrojo hablaba con Joe. El dueño de la taberna remoloneó un poco, pero acabó aceptando un fajo de billetes que le tendía su vehemente interlocutor.

Maud se sentía atónita. ¿Qué estaba comprando aquel gallardo joven?

Lo supo minutos más tarde, cuando vio bajar a Sofía con un maletín en la mano y colgarse del brazo del pelirrojo. Luego, los dos se dirigieron hacia la puerta y salieron de la taberna sin volver la cabeza ni una sola vez.

Joe miró a la muchacha y enseñó las palmas de las manos en señal de resignación. Picada por la curiosidad, Maud se levantó y se acercó al mostrador, mientras los matones se encargaban del grupo de borrachos.

—Diríase que ese joven ha comprado a Sofía —apuntó, con la sonrisa en los labios.

—No exactamente, aunque sí me ha pagado los gastos de cambio de personalidad —comentó Joe—. Se van a casar —añadió.

—Amor a primera vista, ¿eh?

—Ya hace algunos días que ese chico venía por la taberna. Sofía simpatizó con él y, mire, ahora se casarán.

—Él parece un muchacho estupendo —comentó Maud.

—Sí, lo es. ¿Sabe a qué se dedica?

—No tengo la menor idea, aunque me pareció astronauta...

—Oh, señorita —rió Joe—. Es el domador de animales prehistóricos en el Circo. Gana mucho dinero, créame.

—Entonces, Sofía ha hecho suerte... y usted tendrá que reproducirla por tercera vez.

—¡Dios me libre! Esta chica era muy buena, servicial y amable, pero resultaba sosa. La otra Sofía era mucho más vivaz y despierta; no es posible que vuelva a haber otra como ella. Oiga, señorita Ark —dijo de pronto el tabernero—; si usted quisiera, yo le daría un empleo en mi local. Bastaría con que se quitase esas gafas...

—No, gracias, ya tengo un buen empleo —denegó Maud—. Señor Harris, vuelvo a casa. Si viene Moran, dígale que le estoy aguardando allí.

—Muy bien, señorita Ark, se lo diré sin falta.

Pero Morán no dio señales de vida en el resto de la noche y las preocupaciones de Maud aumentaron.

* * *

—Pero no entiendo —dijo Morán—. Me parece absurdo que quieran convertirme en el señor Wiltmore.

Lasz sonrió con maligna expresión.

—El acondicionamiento mental le convertirá en nuestro humilde y obediente servidor —explicó—. Hará todo lo que le ordenemos… y recuerde que Wiltmore posee una fortuna evaluada en unos dos billones.

—Voy comprendiendo —dijo el prisionero—. Supongo que reforzarán los músculos de mi mano derecha, para que resistan el esfuerzo de firmar cheques continuamente.

Quanoss soltó una risita.

—¡Jé, qué gracioso es usted! —comentó.

Morán le hizo una mueca. Luego preguntó:

—Hank, esa transformación, ¿cuándo se efectuará? ¿Antes o después del cumpleaños de Ina?

—Antes, por supuesto, para que ella le comunique a usted el secreto que tiene grabado en su mente. Es decir se lo comunicará a quien creerá es su padre.

—¿Ya nadie más?

—No, porque ésas son las órdenes que Ina tiene grabadas en el subconsciente. Por supuesto, nosotros estaremos presentes en el acto.

—Sí, la cosa se aclara un poco. Después nos mataran a los dos.

—Hombre, no se ponga tan trágico —respondió Lasz de buen humor—. Usted morirá de muerte natural dentro de digamos un par de años. Tenemos que sacarle el jugo, compréndalo.

—¿Y ella?

Lasz se atusó un inexistente bigote, con gesto fanfarrón.

—Puede que la persuada de la conveniencia de convertirse en mi esposa —respondió.

—Vamos, que no deja usted un detalle en el aire —sonrió Morán —. Pero tengo entendido que la transformación corporal y mental necesita bastante tiempo, a veces meses.

—Bien, ése es el procedimiento normal, que es el que empleamos con los clientes corrientes. Ahora bien, existe un procedimiento acelerado, que puede realizarse en cuestión de pocos días, tres o cuatro como máximo.

—Interesante. Resultará más caro, por supuesto.

—No lo sabemos, porque, hasta ahora, no lo hemos hecho sino en plan experimental. Tiene una gran desventaja sobre la rapidez, ¿sabe? El paciente sufre también una gran aceleración celular y muere en un plazo relativamente corto.

Moran se estremeció.

—Comprendo —dijo—. Ustedes me convertirán en Wiltmore y yo moriré antes de dos años. Pero ¿qué harán del auténtico Wiltmore?

—Le anunciaremos el hallazgo de Ina y se desplazará de su asteroide para reunirse con su querida hija. Sufrirá un accidente,

que no se hará público… y entonces aparecerá usted en escena.

—Un plan perfecto —aprobó Morán—. Ello implica que ustedes conocen la actual personalidad de Ina Wiltmore.

—En efecto, así es.

—¿Está en el hotel?

—¡Oh, no! La hemos dejado ir por ahí, a fin de que conozca un poco el mundo. Pero en todo momento tenemos noticias de su paradero…

De pronto, llamaron a la puerta. Zhuzna retrocedió un paso y abrió.

—¿Qué pasa, Hans? —preguntó.

—Mensaje urgente para usted, doctor —dijo el individuo, oculto a los ojos de Morán—. Le he traído el aparato…

—Dámelo.

Zhuzna tomó el auricular y pronunció su nombre. Los otros permanecían callados.

De pronto, Morán vio que Zhuzna se ponía lívido. El doctor lanzó una terrible maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Lasz, alarmado.

—Ina Wiltmore —contestó Zhuzna—. Ha desaparecido.

* * *

Una vez más, Maud volvió a recorrer el piso de Lasz en busca de una pista que le indicara la suerte que había corrido Morán. Hasta aquel momento, todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos.

El timbre del fonovisor, al sonar de pronto, la sobresaltó. Maud fijó la vista en el aparato. ¿Debía contestar a la llamada?, se preguntó.

Tras unos segundos de indecisión, se acercó a la mesa y dio el contacto. Una cara vulgar apareció ante sus ojos.

—Deseo hablar con el señor Lasz —dijo el hombre

—Lo siento, ahora está ausente —contestó Maud—. Soy su secretaria, así que puede dejarme el mensaje.

—¿Secretaria? Debe de ser nueva, ¿no?

—Sí, entré a trabajar ayer mismo —mintió la joven.

—Bueno, no se preocupe; ya hablaré con él. Debe de estar en el Hotel Zhuzna. Encantado, señorita.

La comunicación se cortó. Maud contuvo el aliento

—¡Hotel Zhuzna! —repitió a media voz—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

Se mordió los labios. Presentía que Morán se hallaba en aquel lugar donde se cambiaba la personalidad de los seres vivientes. Pero ¿voluntariamente o a la fuerza?

La muchacha se sentía inclinada a pensar en la segunda eventualidad. Morán no habría dejado pasar tanto tiempo sin facilitarle noticias.

Lo habían secuestrado, ¿con qué objeto?

No había más que una forma de averiguarlo: era preciso ir al Hotel Zhuzna.

Pero no lo haría a pecho descubierto. Podría comprometer gravemente la suerte del investigador… y aun la suya propia.

Consultó su reloj. Hasta la noche, aún faltaban varias horas. Emplearía aquel tiempo en preparar su equipo y en elaborar un plan de asalto que diese fructíferos resultados.

* * *

A la luz de las estrellas, Maud contempló la alta tapia que circundaba por completo el parque en cuyo centro se hallaba el Hotel Zhuzna. En el edificio principal, había algunas luces encendidas, muy pocas.

La verja de acceso estaba cerrada. Maud suponía que la abrirían si llamaba, pero no podía hacerlo, si quería pasar inadvertida.

Pendiente del hombro llevaba una liviana escala de cuerda, provista de gancho en uno de sus extremos. Colgada del cinturón, tenía dos fundas con sendas pistolas, una de las cuales era de funcionamiento eléctrico.

El gancho voló por los aires y agarró el borde de la tapia. Maud hizo un par de pruebas y la escala resistió. Momentos después, trepaba ágilmente y se sentaba a horcajadas sobre la banda.

Pasó la escala al otro lado y se descolgó al interior. Convertida en una sombra, gracias al traje oscuro que vestía, de una sola pieza, corrió entre los árboles, hasta avistar la entrada principal.

Había luz en el vestíbulo. Maud supuso que debía de tratarse de alguna enfermera de guardia. Oyó pasos de pronto y se agachó tras

un seto.

Era un guardián nocturno. Maud esperó hasta que el hombre se hubo alejado. Luego, silenciosamente, corrió hacia la entrada y asomó un poco la cabeza.

Sí, allí había una enfermera de guardia, leyendo aburridamente una revista. A la derecha de la mujer, Maud divisó una especie de fichero.

La enfermera sintió de pronto que no estaba sola. Levantó la cabeza y vio a una mujer vestida de negro delante de ella. Fue a gritar, pero en el mismo momento, una pistola disparó un chorro de gas anestésico y perdió el conocimiento instantáneamente.

Maud saltó ágilmente el mostrador y se arrodilló junto a la enfermera, cuyo sueño duraría una hora, al menos. Le quitó la bata y la cofia y se las puso. Luego, tranquilamente, de espaldas a la puerta, empezó a examinar el fichero de ingresos.

El nombre de Moran no figuraba en su casilla alfabética. Maud ya se lo imaginaba y no se desanimó. Buscó las fechas de ingresos y encontró un tal N. Smith, cuya entrada coincidía con la desaparición del investigador.

—N. Smith —murmuró—. Un apellido demasiado vulgar, para no resultar sospechoso.

Smith estaba alojado en el cuarto piso, habitación 220. Maud volvió a saltar el mostrador y se dirigió hacia los ascensores.

Momentos después, se hallaba ante el cuarto 220. La puerta estaba cerrada con llave, pero ella no se arredró.

De una de las fundas sacó una especie de cilindro de sustancia plástica, que incrustó en la cerradura, dejando al exterior un trozo de unos dos centímetros. Sacó un fósforo y prendió fuego al cilindro, cubriéndose los ojos con un brazo.

Una vivísima llamarada surgió en el acto. La sustancia de que estaba compuesta aquel cilindro ardió a una temperatura enorme, fundiendo el metal de la cerradura casi instantáneamente.

Maud aguardó unos momentos. Luego asió el pomo y tiró hacia sí. La puerta no cedió.

—Pero, ¡qué tonta soy! —exclamó, casi riendo—. La puerta se abre hacia adentro.

Empujó y, efectivamente, la puerta cedió.

CAPÍTULO XIV

La luz se encendió. Morán abrió los ojos y parpadeó varias veces, deslumbrado por el resplandor. Un gruñido de enojo se escapó de sus labios

—¿Es que no pueden aguardar hasta mañana? —dijo, irritado.

—¿A qué he de esperar, Kyril? —preguntó la muchacha.

Morán se sentó de golpe en la cama.

—¡Maud! —exclamó.

Ella sonreía satisfecha.

—Parece que no me esperabas —observó.

—Eres la última persona a quien esperaba ver en este antro —contestó él—. Aguarda un momento...

Morán fue a levantarse, pero en lugar de hacerlo, se quedó quieto, con una mano en el embozo de las sábanas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maud.

—Me han quitado toda la ropa. Ayer aún tenía un pantalón corto; ahora, ni eso siquiera.

—Te falta ingenio —dijo Maud maliciosamente—. Rasga una sábana y podrás caminar por ahí sin ofender al pudor ajeno,

—No seas irónica; la situación no está como para gastar bromas. Esos tipos me quieren convertir en Wiltmore y, además, por procedimiento acelerado. Anda, vuélvete, Maud.

La joven obedeció. Morán empezó a rasgar una de las sábanas.

—¿Es cierto lo que dices, Kyril? —preguntó Maud—. Estoy aturdida por la sorpresa...

—Pues imagínate lo que sucedería si fueses el candidato a ocupar el puesto de Wiltmore.

—¿Y qué harán con él, Kyril?

—Matarlo, naturalmente. ¿Qué esperabas?

Morán hizo una especie de taparrabos con un par de tiras anchas de sábana, que sujetó luego a la cintura con otra más estrecha. Al terminar, lanzó un bufido de disgusto.

—Si al menos supiera dónde han dejado mis ropas —se lamentó.

Maud se volvió y rompió a reír.

—Sólo te falta un turbante para parecer un faquir hindú —comentó alegremente.

—Bueno, ya estoy libre —dijo Moran—. ¿Qué hacemos ahora?

—Aguarda un momento, Kyril. ¿Qué se sabe de Ina Wiltmore?

—Las noticias no son buenas, Maud.

—¿Qué sucede?

—Ellos sabían dónde estaba y se les ha escapado.

Maud hizo un gesto de contrariedad.

—Tú tienes una fotografía de Ina —dijo.

—Sí, pero no sirve de nada. Cambiaron su personalidad y sólo ellos la conocen —contestó Morán.

—Me parece que no es un inconveniente demasiado grave. En los archivos del hotel debe de estar su expediente, con los aspectos que tenía antes y después del cambio. Y también con su dirección actual.

—Es cierto —convino él—. Vamos a buscar esos archivos. ¡Ah, has traído armas!

—Me ha parecido conveniente —alegó Maud.

—Déjame la pistola, yo la manejo mucho mejor.

Ella accedió sin más inconveniente, Luego se dirigieron hacia la puerta.

El corredor estaba desierto. Moran se mordió los labios.

—¿Dónde pueden estar los archivos? —murmuró.

—La recepcionista de guardia está narcotizada. Abajo podremos enterarnos —indicó la joven.

Morán asintió. Momentos después, se metían en el ascensor.

El vestíbulo continuaba vacío. Morán pasó al otro lado del mostrador y empezó a mirar por las distintas casillas donde los pacientes internados recibían su correo y donde los médicos dejaban instrucciones escritas para el tratamiento que debía aplicárseles.

Colgado de la pared, había un plano con las sucesivas plantas del hotel. Mientras Morán buscaba, Maud se ocupó de localizar los archivos.

—Ya tengo la llave —anunció él de pronto.

—Y yo sé dónde están los archivos, Kyril.

—Vamos, no perdamos tiempo.

Abandonaron la recepción a la carrera. Maud le guió por un

largo corredor, al fondo del cual había una gran puerta, sobre cuyo dintel estaba el rótulo que indicaba se hallaban ante el lugar deseado.

Morán abrió la puerta y encendió la luz. Una serie de grandes armarios aparecieron ante sus ojos,

Maud corrió hacia el rotulado con la W doble. Cuando vio que no había ningún expediente, Wiltmore se sintió muy defraudada.

—Éste no es el medio de buscar —dijo él—. Es preciso conocer su nombre actual. Entonces encontraremos el expediente, en el que se indicará su nombre anterior.

—Sí, pero, ¿cuál es el que usa ahora?

Los ojos de Morán recorrieron las largas hileras de armarios, que ocupaban un buen espacio en la estancia. De pronto, chasqueó los dedos.

—Soy un tonto —masculló—. Ven, sígueme, Maud.

Ella obedeció. Morán buscó la letra D y a los pocos momentos tenía en las manos el expediente de Gloria Day.

—Está en blanco —exclamó Maud, defraudada.

Morán contuvo un juramento. Aquel expediente estaba en blanco, porque su titular había cambiado de personalidad. Pero ¿cuál era la nueva?

—Maud, tú dijiste que Gloria había desaparecido de la Universidad sin dejar rastro —habló a poco.

—En efecto. Eso ocurrió hace más de cinco años y, desde entonces, nadie ha sabido más de ella.

—Bien —siguió Morán —, Gloria Day es ahora Ina Wiltmore, pero está bajo la apariencia de otra persona. Y ha desaparecido, ellos lo han dicho.

—Desaparecido —repitió Maud pensativamente—. ¿Cómo lo sabes tú?

—Lo dijeron delante de mí, hace unas veinticuatro horas.

—¿Seguro, Kyril?

—Enfáticamente, sí.

Los ojos de Maud chispearon de pronto.

—Kyril, quizá me equivoque, pero éste es el momento de echar mano de la tan socorrida intuición femenina. Ven, sígueme.

Ella echó a correr y se detuvo ante la letra S. Momentos después, abría la carpeta rotulada con el nombre de Sofía Solar.

En la primera página, leyeron:

SOLAR, SOFÍA, antes Day, Gloria.
Reproducida del original por encargo de J. Harris...

—¿Quién lo hubiera dicho? —exclamó Morán, pensativo—. Ina Wiltmore, moza de taberna en el «Joe's Hole».

—Lo bueno de esto —dijo Maud riendo— es que la nueva Sofía volverá, quizá, al puesto que dejó vacante la auténtica.

—¿Cómo? —respingó Morán.

—Ya lo has oído, Kyril. Sofía vuelve al Circo Prehistórico.

—¡Rayos! Esto sí que es curioso. Maud, tenemos que ir a buscarla inmediatamente...

—Temo, señor Morán, que no van a ir a buscar a nadie y menos a la señorita Wiltmore —dijo en aquel momento una voz de hombre.

* * *

Morán se puso rígido. Maud contuvo el aliento.

—Lamento tener que devolverle a su encierro —siguió Zhuzna —. El doctor Quanoss, aquí presente, va a dar comienzo al tratamiento de cambio de personalidad inmediatamente.

Morán se volvió a medias. Los dos médicos estaban delante de ellos, a cinco o seis pasos de distancia.

—Imagino que el doctor Quanoss no me aplicará el tratamiento que aplicó a su colega Pentland —dijo Morán.

—Era necesario —respondió el gordito fríamente.

—Sí, algo de eso comentó Ufforch antes de que lo liquidasen.

—¿Lo hizo usted?

Zhuzna extendió una mano.

—Es un detalle innecesario —declaró—. Señor Morán, tenga la bondad de caminar en dirección a su alojamiento.

Zhuzna tenía en la mano una pistola. Morán contempló el arma pensativamente.

—¿Qué harán con la señorita Ark? —preguntó.

—Cambiaremos su personalidad sin que le cueste nada —contestó Zhuzna.

—Y, ¿cuál me atribuirán? —quiso saber Maud.

—La de una mujer que se sitúa debajo de los faroles para atraer a los clientes —contestó—. Le pondremos veinte años más encima, encantos ajados, afición al alcohol y a las drogas... Puede que viva tres o cuatro años más o puede que amanezca un día con el cuello rebanado por el amante ocasional de una turbia noche.

Maud se estremeció.

—No quieren ustedes muy bien a la gente —dijo.

—Es un negocio de varios billones, nena —terció Morán—. No pueden tener escrúpulos.

—Justamente —admitió Quanoss con plácido acento.

Morán se fijó en las manos del gordito, blancas, finas, delicadas... pero no eran manos de pianista, sino de un habilísimo cirujano.

—Creo que hemos perdido—dijo—. ¿Cómo supieron que estábamos aquí?

—Éste es un departamento que oculta muchos secretos. Naturalmente, nadie puede entrar en él sin permiso. Hay un sistema de alarma —explicó Zhuzna.

—Lógico —concordó Morán—. Pero observo que falta un miembro del trío.

—El amigo Lasz venía con nosotros, sólo que tuvo ocasión de escuchar las últimas frases de ustedes, referentes al actual paradero de Ina,

—Entiendo. Pero ¿cómo es que la dejaron que trabajase en la taberna?

—Es el último sitio donde se le ocurriría a la gente buscarte. No obstante, estaba vigilada constantemente.

Maud lanzó una exclamación.

—Aquellos supuestos borrachos... —dijo—. No estaban embriagados, sólo querían impedir que Ina se aficionase demasiado al domador.

—¿Y qué pasó, Maud? —preguntó Morán.

La joven se echó a reír.

—El domador los apaleó como quiso y luego se llevó a Ina—contestó—. A estas horas, son ya marido y mujer.

Moran se llevó una mano a la frente.

—¡Cielos! Lo que dirá Wiltmore cuando se entere de que su hija

es la esposa de…

—¡Basta! —cortó Zhuzna de repente—. ¡Caminen!

Morán y la joven cambiaron una mirada de inteligencia. Echaron a andar, pero Maud no había soltado la carpeta.

De pronto, al pasar junto a Zhuzna, Maud golpeó la mano armada con la carpeta. La pistola se disparó inofensivamente hacia el suelo.

Zhuzna lanzó un rugido de rabia. Morán fue más rápido y le golpeó con todas sus fuerzas en plena mandíbula, derribándolo sin sentido.

Quanoss cobró miedo y echó a correr. Morán salió disparado tras él y le alcanzó por el cuello con la mano izquierda.

Dejó caer el arma. Quanoss giró en redondo y no por su propia voluntad.

—Doctor —dijo Morán con voz firme—, no quiero pegarle un tiro, a pesar de que se lo tiene bien merecido. Dejaré que la justicia se cobre en usted el asesinato del doctor Pentland.

Quanoss empezó a gritar. El puño derecho de Morán cortó en seco sus chillidos de pánico.

Instantes después, Morán se volvía hacia la joven.

—¿Crees que Ina y el domador estarán aún en el circo? —preguntó.

—Vale la pena probar —contestó ella.

CAPÍTULO XV

Los grandes monstruos de la Era Secundaria tenían acotado un enorme espacio, donde vivían apaciblemente, mientras no actuaban ante el público. Se oían gruñidos, bufidos y resoplidos en el amanecer, mientras que algunos soñolientos empleados se disponían a dar de comer a las bestias.

Morán preguntó al portero.

—Sí, Jack Blynn está todavía aquí —contestó el hombre—. Se casó ayer, pero no puede abandonar el circo por ahora. Busquen en el remolque número once.

—Gracias, amigo.

Morán y la joven echaron a correr hacia la zona reservada para los alojamientos de artistas. No tardaron en encontrar un vehículo sustentado por cuatro patas, con todo el aspecto de una vivienda circense, pintado de blanco y con el número 11 en grandes caracteres en sus costados.

El investigador se acercó paso a paso. Le extrañó ver la puerta abierta de par en par.

—No hay nadie —dijo, desconcertado.

Maud se tapó la cara.

—Se la ha llevado —gimió.

—Si buscan a Jack Blynn, está en la jaula de los pterodáctilos —dijo un empleado que pasaba junto a ellos en aquel momento—. Está enseñando a su esposa a domar esos pajarracos.

—¿Qué dirá Wiltmore cuando lo sepa? —se lamentó Moran, mientras echaba a correr de nuevo.

Momentos después, divisaron una enorme jaula, situada en un lugar apartado. Un pterodáctilo aleteaba perezosamente en el interior, mientras los otros permanecían aletargados en sus perchas.

Había tres personas en su interior. Dos de ellas, hombre y mujer, miraban con fijeza al individuo que estaba frente a ellos, con las manos aparentemente en los bolsillos, pero, en realidad, apuntándoles con un arma.

—¿Qué tal, Hank Lasz? —saludó Morán—. Saque las manos de

los bolsillos; le estoy apuntando con una pistola.

Lasz se estremeció.

—De modo que ha conseguido escapar —dijo

—Sí, y debe saber que a estas horas la Policía ha detenido ya a sus dos cómplices.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó el pelirrojo.

—Kyril Morán, investigador privado-oficial, encargado de devolver a esa hermosa joven a los amantes brazos de su padre.

—Sofía es huérfana —protestó Blynn.

—Se equivoca. Tiene un padre y su verdadero nombre es Ina Wiltmore. Y si no, ¿por qué se cree que este tipo les apunta con un arma?

Blynn miró recelosamente a Lasz.

—Él dijo que la iba a llevar de nuevo a la taberna, para que siguiera cumpliendo su contrato de trabajo —manifestó.

—El señor Lasz tiene una imaginación desbordante —rió Moran —. Nada de lo que les ha dicho es verdad.

—Jack —intervino Sofía —, yo conozco a ese hombre. Él está en lo cierto, te lo aseguro.

—Ella conserva algunos recuerdos de la original —dijo Morán con melancolía.

—Cometimos un error en este aspecto —admitió Lasz.

—Y en muchos otros, Hank —continuó el investigador—. Pero ¿cómo sabía que Gloria Day era Ina Wiltmore?

—Jamás la perdimos de vista, desde su secuestro —contestó Lasz —. Ya entonces cambiamos su personalidad y le dimos la de Gloria Day. Se nos escapó una vez, aunque, por fortuna, logramos recobrarla a tiempo.

—Han tenido mucha paciencia, Hank —observó Morán.

—El asunto lo merecía, ¿no cree?

—Seguramente, fue usted el que, hace veintidós años, conquistó a Haia Fortes. Más tarde, hizo lo mismo con la hija, ¿verdad?

Lasz, sonrió ligeramente.

—Siempre he tenido un moderado éxito con las mujeres —contestó,

—Y, merced a ello, consiguió que Wazlov tratase a Ina cuando era una niña. Pero, ¿cómo es que no conoce el secreto?

—Es un caso de mala suerte. Wazlov hipnotizó a Ina, pero, en el

momento de grabar el mensaje en su subconsciente, Wiltmore le hizo salir de la estancia y fue él mismo quien lo grabó. Wazlov pudo escuchar algo, aunque no con demasiada precisión Sin embargo, fue suficiente para que decidiéramos aprovecharnos de ello un día conveniente.

—Usted sabía que Wiltmore quería ocultar su secreto o no hubiese ideado ese plan.

—Es cierto. Wiltmore comentó algo con Haia Fortes, aunque nunca se lo dijo del todo. Haia provocó aquella pequeña neurosis…

—Y Wazlov hizo el resto, sólo para acabar asesinado veintidós años más tarde.

Lasz se encogió de hombros.

—Mala suerte para él —dijo—. Pero, de todas formas, voy a llevarme a Ina conmigo. O la mataré aquí mismo.

Morán contempló un momento al individuo. Lasz continuaba empuñando la pistola, oculta bajo los ropajes. El arma, no cabía duda, apuntaba directamente al cuerpo de Ina.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Blynn lanzó un grito estridente, de extrañas resonancias.

Se oyó en las alturas un fuerte tableteo. Blynn gritó varias veces.

Algo descendió de lo alto con gran batir de alas. Un pico, de casi dos metros de largo, armado de afiladísimos dientes, se abrió y cerró varias veces con sonoro castañeteo.

—¡Al suelo! —gritó Blynn.

Morán empujó a Maud. Blynn agarró a Ina por la cintura y se la llevó a un lado.

Lasz intentó escapar. Claramente se dio cuenta de que el enorme reptil volador iba en su busca.

Escapó de la jaula. El pterodáctilo se posó en el suelo, replegó las alas y salió a saltitos. Luego extendió de nuevo las alas y se abalanzó sobre Lasz.

El pterodáctilo se elevó en los aires. Fascinado, Morán contempló el vuelo del reptil, que sujetaba a su víctima con el pico.

Lasz pataleaba frenéticamente, a la vez que emitía unos chillidos aterradores. Blynn se puso en pie, salió de la jaula y emitió un agudísimo silbido.

El reptil abrió el pico. Un cuerpo humano cayó a plomo desde cincuenta o sesenta metros de altura. Maud volvió la cabeza para no

presenciar el final de Lasz.

Blynn miró al joven y sonrió.

—No deben temer en absoluto —dijo—. Los pterodáctilos no les harán daño si yo no lo deseo, Pero no podía consentir que ese miserable asesinara a mi mujer.

—Jack —habló Morán gravemente —, ¿se da cuenta de que está casado con una chica que vale dos billones de «garants»?

Ina se acercó al domador. Blynn le pasó un brazo por los hombros.

—Ella me importa más que todo el dinero del mundo —contestó sencillamente.

—Me pregunto si le cambiará la cara o dejará que se quede con la que tiene —dijo Maud.

—Jack me conoció así y yo no quiero cambiar en absoluto —declaró Ina, contemplando con arrobo a su esposo.

Morán extendió los brazos con resignación.

—¡Veremos lo que dice Wiltmore! —exclamó.

* * *

Morán, Maud y el domador aguardaban en la antesala. Ina y su padre llevaban ya largo rato encerrados en el cuarto donde el billonario residía habitualmente.

La puerta se abrió de pronto. Sonriente, Ina apareció empujando una silla de ruedas.

—Ya está —dijo Wiltmore, satisfecho.

—¿Se ha conjurado el peligro? —preguntó Morán.

—En efecto —contestó el billonario—. Ya he dado órdenes para que se inicien las operaciones de control de la fusión.

—Fusión, ¿de qué, señor? —preguntó Maud.

Wiltmore sonrió maliciosamente.

—Hace muchos años, una expedición de prospectores, a sueldo de una de mis empresas, descubrió, a casi quince kilómetros de profundidad en el subsuelo terrestre, una bolsa de carbono en estado de pureza absoluta. Según las mediciones geodésicas, el bloque tenía unos ciento veinte kilómetros cúbicos, una rareza geológica, que merecía la pena aprovechar en algo mejor que en diamantes y joyas para las damas.

»Se estableció una plan de fusión, que daría calor a unas corrientes de agua cercanas. Ese bloque puede arder lentamente durante centenares de años, proporcionando vapor a presión lo que, en resumidas cuentas y por medio de las adecuadas turbinas, suministraría electricidad en abundancias a un enorme sector, con un gasto ínfimo, comparativamente con oirás centrales energéticas. Pero si la fusión no se iniciaba con las debidas proporciones, podían producirse grandes catástrofes.

—Vapor a presión excesiva, hundimientos geológicos, terremotos y demás —adivinó Morán.

—Justamente. Ellos, Lasz y compañía, no buscaban sino el provecho propio; el carbono puro les interesaba como diamante y no como combustible. Se ha hablado mucho de mí como un barón pirata, pero son exageraciones. Centenares de millones de personas se beneficiarán de esta nueva central energética y pocos lamentarán que se quemen varios trillones de quilates de diamante puro.

—Yo, no, desde luego —sonrió Maud—. Pero ¿por qué era necesario que Ina guardase el secreto?

—En primer lugar, yo podía morir y no quería que el secreto pasara a manos de unos desaprensivos, como ha estado a punto de suceder. Ese fue el objeto principal de grabarlo en su subconsciente, cosa que hice yo en persona, con la orden expresa de no revelarlo a nadie que fuera yo o, en el peor de los casos, el día de su vigesimosexto cumpleaños.

—¿Por qué esa fecha precisamente? —quiso saber Moran.

—Los trabajos estarían terminados para entonces —contestó Wiltmore—. No ha sido cosa fácil, dada la profundidad a que está situado el bloque de carbono puro.

—Pero lo sabían muchos...

Wiltmore sonrió.

—Sólo los que trabajan en la empresa y nadie, aún, sabe dónde están. Han formado una población nueva, tienen familias, escuelas, casas, iglesias... pero todos fueron acondicionados mentalmente para guardar el secreto de sus trabajos. Era una vulgar empresa minera, ¿comprendes?

—Sí, señor —contestó Moran—. ¿Y ahora...?

—Ya sabes lo que es y el lugar donde está ubicada esa población, será el origen de una región nueva en nuestro planeta,

con cientos de miles de kilómetros cuadrados que cambiarán su aspecto en pocos años. Merecía la pena trabajar tanto, créeme,

—Es cierto —murmuró el joven—. Bueno, Maud, creo que aquí ya hemos terminado...

—Nosotros nos vamos, señor Wiltmore —dijo Jack Blynn.

—Tengo que aprender a domar pterodáctilos —manifestó Ina.

—¡Vaya! —resopló el billonario—. Acabo de encontrar a una hija perdida durante veintidós años... y se marcha antes de veinticuatro horas de haberla recobrado.

Morán sonrió maliciosamente.

—Pida que le instalen un circuito cerrado de televisión, para contemplarla en sus actuaciones —sugirió.

—Una idea magnifica —aprobó Ina, inclinándose para besar a su progenitor—. Pero vendremos aquí a pasar más de un fin de semana.

Los recién casados se fueron. Wiltmore miró con un ojo a los otros dos.

—Kyril, necesito un médico de confianza —dijo. Fijó la vista en Maud—. Y una secretaria personal.

—Vamos a casarnos —alegó ella.

—Después de la luna de miel —indicó el billonario.

—¿Hemos de vivir siempre aquí? —se lamentó Morán.

Wiltmore soltó una risita.

—Ina y Jack subirán al asteroide los fines de semana —contestó —. Vosotros podéis hacer lo contrario... y vacaciones cuando se os apetezca.

Un tinte de melancolía apareció de pronto en el arrugado rostro del anciano.

—He vivido solo demasiados años —se dolió—. No os pido que os quedéis continuamente; con que me hagáis una visita de cuando en cuando, me doy por satisfecho.

Maud se inclinó para besarle en una mejilla,

—Se lo prometemos —contestó.

Morán le dio una suave palmada en un hombro.

—Y no se preocupe —dijo—. Pronto tendrá nietos y aún los verá convertirse en hombres.

Wiltmore sonrió.

—Creo que acerté al llamarte, muchacho —dijo.

—Sí, pero lo mejor de todo fue que así encontré yo a Maud —respondió Morán.

FIN

Próximo título:

EL HOMBRE AMARILLO

por

CARLO DI PIETRO

Nadie en la ciudad podía ni siquiera sospechar que aquellas extrañas muertes eran producidas por un ser extraterrestre... ¡por un simple hombresillo amarillo!

BOLSILIBROS TORAY



OESTE

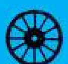


TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE

Publicación quincenal. 10 Ptas.



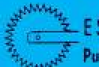
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

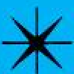
HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.